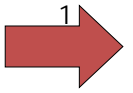


**“ÉL VA POR DELANTE DE VOSOTROS”
(Mc 16, 7)**

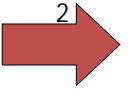
**ORIENTACIONES PASTORALES DIOCESANAS
(2022-2026)**

DIÓCESIS DE HUELVA

ÍNDICE



Presentación	4
Mirar la realidad con ojos de discípulos misioneros.	
Algunas notas de nuestro contexto cultural y eclesial	6
Nuestra misión es evangelizar	11
La conversión pastoral y misionera.	
El programa es Cristo.	
La alegría de evangelizar.	
Vivir intensamente la unidad eclesial.	
Una Iglesia atrayente.	
La pastoral de la misericordia. por la misericordia.	
Bajo el signo de la cruz.	
Pastoral misionera: humildad y paciencia.	
Santidad y evangelización; gracia y compomiso.	
Una Iglesia con horizontes de eternidad: testimonio y misión	
Primera línea de trabajo:	
Crear un clima de responsabilidad misionera	23
Porque muchos bautizados viven como si Dios no existiera.	
Creemos que nuestra prioridad es	
hacer presente a Dios en el mundo y	
facilitar a los hombres el encuentro con Él.	
Porque es urgente despertar en nuestra Diócesis	
un movimiento misionero.	
También tenemos que pensar en evangelizar	
a los no bautizados y a los miembros de otras religiones.	
Requiere un anuncio explícito de Jesucristo.	
Identificados como discípulos misioneros.	



Actitudes del evangelizador.

La iniciación cristiana.

Los catecismos de la Iglesia.

La piedad popular.

Algunas estrategias para una pastoral misionera.

Segunda línea de trabajo:

Proporcionar oportunidades para experimentar una auténtica comunidad eclesial 34

Incorporando a la comunidad de fe que es la Iglesia.

Porque los cristianos necesitan comunidades reales donde compartir y vivir su fe con normalidad.

Porque la comunidad constituye la naturaleza de la Iglesia.

A imagen de las primeras comunidades cristianas, centros misionales.

Sin idealismos: Comunidad y perdón.

La Familia, Iglesia doméstica.

Cuidar las parroquias, sin “parroquialismos”.

Pensamos la configuración de las comunidades eclesiales.

Promover el sentido de pertenencia.

Tercera línea de trabajo:

Presencia misionera en la vida pública. 43

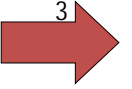
El servicio de la caridad pertenece a la naturaleza íntima de la Iglesia.

Estilo de presencia cristiana.

Los Mandamientos de la ley de Dios son la encarnación de la existencia cristiana.

La presencia de la Iglesia en la enseñanza.

Doctrina Social de la Iglesia.



Una Iglesia pobre para los pobres

La atención a los inmigrantes.

Favorecer las asociaciones y

la participación de los ciudadanos católicos.

Llamada a la responsabilidad cósmica

y universal de la fe cristiana.

El cuidado de la casa común.

Construir el nosotros de la comunión solidaria.

Cuarta línea de trabajo:

Todos llamados a la santidad y a la misión 55

Llamada a la santidad.

La necesidad de una auténtica experiencia personal de Dios.

Encontrar a Jesús donde Él se hace presente.

La Palabra de Dios.

La Liturgia.

La Eucaristía dominical.

El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación.

Santidad sacerdotal y vocación al sacerdocio ministerial.

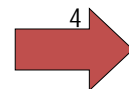
La oración personal y comunitaria.

La devoción a la Santísima Virgen y a los santos.

Lugares de oración.

La conversión del corazón y la conversión de las estructuras van de la mano.

PRESENTACIÓN

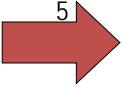


1. El Evangelio de Marcos habla del descubrimiento del sepulcro vacío por parte de las mujeres –María Magdalena, María la de Santiago y Salomé -, y del ángel que les anunció la resurrección de Jesús y las encargó decir a los discípulos, en particular a Pedro, que “Él va por delante de vosotros a Galilea” (Mc 16,7). Hemos elegido estas palabras como título de nuestras Orientaciones Pastorales Diocesanas, porque caminando juntos (sinodalidad) por los caminos que hace la Iglesia en Huelva, hemos de proclamar que ¡Cristo Vive!, Él llena todo con su presencia invisible, y donde vayamos nos está esperando. Esta es la experiencia fundamental que sostiene la vida del cristiano y que tenemos que comunicar a todos, porque “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25-12-2005), nº 1)

2. Ofrecemos unas Orientaciones Pastorales Diocesanas como líneas de trabajo especialmente dirigidas a las Delegaciones, Secretariados diocesanos y a las parroquias. También, respetando los programas que emanan de sus propios carismas, quieren orientar el trabajo pastoral en la Diócesis de la vida consagrada, de los Movimientos y asociaciones de fieles.

Este documento es una primera propuesta que se ofrece a la Diócesis. Ahora es necesario el esfuerzo de reflexión y diálogo de todos los implicados en las tareas eclesiales para asumir, corregir y enriquecer estas Orientaciones durante algunos meses, para realizar un ejercicio de discernimiento compartido, para hacer las opciones pastorales necesarias y convenientes para nuestra realidad social y eclesial.

3. Estamos ocupándonos en la fase diocesana del Sínodo. Y como nos dice el papa Francisco, la sinodalidad no es un tema para reflexionar, sino un modo de ser y de trabajar en la Iglesia, que nos lleva a vivir una auténtica comunión y corresponsabilidad entre pastores, consagrados y laicos. El trabajo que, partiendo de estas Orientaciones Pastorales, nos brinda una ocasión para la participación de todos, según la vocación de cada uno, con la autoridad conferida por Cristo a los Pastores de la Iglesia en comunión entre sí, con y bajo la guía del sucesor de Pedro. Todos estamos llamados a participar y a ser escuchados; algunos han de profundizar y realizar un discernimiento que aconseje a quien tiene la responsabilidad ministerial de



presidir en la caridad y decidir en la Iglesia particular, que es el Obispo. Así podremos articular la dinámica eclesial propia de la sinodalidad: «todos, algunos, uno».

4. Estas Orientaciones Pastorales Diocesanas, una vez aprobadas, servirán a los órganos diocesanos y a las comunidades eclesiales para la elaboración de sus respectivos planes y programaciones pastorales, que acojan las orientaciones presentadas y las conviertan en programaciones concretas en sus respectivos ámbitos, con objetivos y acciones *específicos, mesurables, alcanzables, realistas y acotados en el tiempo...* También deben constituir una ayuda para la reflexión y formación de cuantas personas desempeñan ministerios y servicios pastorales. Además, debemos buscar la conexión entre distintos agentes pastorales, pasando de un trabajo por sectores a un trabajo por proyectos, y así optimizar los recursos y trabajar en equipo.

Estas Orientaciones Pastorales deben ser recibidas, interpretadas y realizadas en cada realidad eclesial de la Diócesis. Allí estas líneas de acción pastoral tienen que concretarse en acciones precisas, programadas en plazos temporales razonables.

1ª parte: la misión que tenemos como Iglesia.

2ª parte: cómo nos gustaría ser, propuestas de cómo queremos que sea.

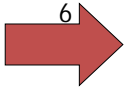
El esquema para la programación posterior de cada Delegación y Secretariado y de otras realidades diocesanas puede ser el siguiente:

1.- De las prioridades generales asume como más propias a su ámbito pastoral las siguientes:

2.- Acciones

3.- Trabajo que compartir con otras Delegaciones, Secretariados y otras realidades diocesanas.

**MIRAR LA REALIDAD CON OJOS DE
DISCÍPULOS MISIONEROS.
ALGUNAS NOTAS DE NUESTRO CONTEXTO
CULTURAL Y ECLESIAL**

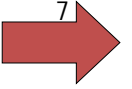


El contexto cultural

5. En pocos años hemos llegado a una situación en la que la cultura dominante, prestigiada e influyente, es una cultura laicista y materialista, con frecuencia antricristiana. Como notas características podemos señalar las siguientes: desconfianza hacia todo lo tradicional, obsesión por el cambio y la innovación, revanchismo político y religioso, manipulación partidista de la historia, informaciones tendenciosas ordenadas a erosionar el prestigio cultural y social de la Iglesia y del cristianismo, incremento del poder y de la agresividad antieclesial de los grupos y las instituciones laicistas, tendencia a equiparar las diferentes religiones desconociendo la especial importancia de la fe católica en la vida española, pretensión de implantar desde el poder una visión atea y laicista de la vida humana, personal y comunitaria. Todo ello se está haciendo recurriendo a políticas intervencionistas, autoritarias y discriminatorias, con una fuerte presión en las actividades educativas, y utilizando la política y los medios de comunicación para imponer sus puntos de vista y transformar la mentalidad y la vida social. Se cumple el diagnóstico que hiciera Benedicto XVI: *El laicismo se está convirtiendo en una ideología autoritaria e intolerante*. En el mejor de los casos solo podremos contar con la protección legal de la libertad religiosa y con el respeto que nosotros mismos nos ganemos ante una sociedad siempre crítica y desconfiada.

6. En esta sociedad crece la desconfianza y el enfrentamiento. Una desconfianza que se refiere, primeramente, a la mayoría de las instituciones, pero que también afecta a las relaciones interpersonales de toda índole, al futuro colectivo que nos espera e, incluso, a la confianza en uno mismo.

7. El Informe FOESSA de 2019, impulsado por Cáritas Española, afirma en su diagnóstico conclusivo que nos encontramos en una gran mutación social que tiene como causa profunda una sociedad desvinculada, desordenada e insegura. Desvinculación que se vive respecto del propio cuerpo, de la realidad, del otro y de Dios. Entre las instituciones afectadas



por la desvinculación está la familia y la pertenencia activa a instituciones como la Iglesia.

Por tanto, nos encontramos en una sociedad que va perdiendo progresivamente sus vínculos y precisa rehacerlos e innovarlos para generar ámbitos adecuados para la acogida y desarrollo de las personas y la imprescindible amistad civil para organizar la convivencia. De ahí la importancia de la vida familiar y comunitaria que la Iglesia propone y precisa.

8. El estado del Bienestar, cuyos pilares son la educación, la sanidad, los servicios sociales y las pensiones, colabora inicialmente con tareas asumidas por la familia para lograr un desarrollo mayor de todas esas tareas; pero progresivamente va sustituyendo a la propia familia o, como dicen algunos, al papel del padre. El trabajo de padre y madre, a veces en distintos municipios, las «nuevas formas familiares», la caída drástica del número de hijos, el significado del «fin de semana» o la creciente pérdida del Domingo como día de descanso laboral van debilitando la familia y disminuyendo de manera extraordinaria sus posibilidades de transmitir la fe y educar en la vida cristiana.

El contexto eclesial

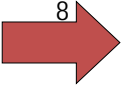
9. La situación eclesial de nuestra Iglesia diocesana de Huelva no es muy distinta a la que experimenta la Iglesia española. Encontramos diversos círculos de personas en su relación con la fe cristiana y con la Iglesia:

1) Un grupo mayoritario de conciudadanos que se manifiestan católicos, con una participación en la vida eclesial muy heterogénea y en muchos casos débil y esporádica.

2) Muchos bautizados que se declaran católicos y reivindican su pertenencia a la hora de solicitar servicios religiosos, pero que habitualmente no participan de la vida eclesial, viven a veces un sincretismo religioso, una disociación entre la fe y la vida moral, mostrando implícitamente su increencia.

3) Un grupo emergente de personas en búsqueda, insatisfecho con las propuestas de la cultura dominante, que no ha acogido ni la fe, pero tampoco tiene los prejuicios antirreligiosos de generaciones anteriores.

4) También están entre nosotros los inmigrantes católicos, muchos se han acercado a nuestras parroquias sólo a través de Cáritas y otros participan de manera ordinaria en la vida de las parroquias.



5) Las personas, generalmente mayores, que viven su fe y participan en la vida eclesial de manera activa.

Cabe destacar que cada vez es más visible la pluralidad religiosa que estamos viviendo por los movimientos migratorios que han favorecido la llegada de fieles de otras denominaciones cristianas y de otras religiones, entre nosotros sobre todo de musulmanes.

10. Fortalezas.

Contamos con algunas realidades que son fortalezas para nuestra tarea misionera: la vitalidad de muchas comunidades, aun de las más pequeñas; la evangelización que integra la promoción humana; la riqueza de la piedad popular; las variadas formas de la participación de laicos y la presencia de los nuevos movimientos; la creciente dinámica misionera.

11. Debilidades.

Sin embargo, en el conjunto de la vida eclesial nos encontramos con algunas debilidades, como son: el descenso en el número de personas que participan en la vida sacramental es significativo. Especialmente llamativo es la caída de la celebración de matrimonios. Como consecuencia lógica disminuyen también los bautismos y comienza a descender la participación en las primeras comuniones. Igualmente, la reducción del número de sacerdotes y miembros de la vida consagrada es evidente. Todo ello en el contexto de un dramático descenso en el número de nacimientos.

12. Consecuencias.

Esta situación del pueblo cristiano explica que para muchas personas las verdades cristianas son ahora incomprensibles y las normas morales que brotan del Evangelio se han vuelto inaceptables. Esta dificultad la experimentamos en los propios ambientes eclesiales, parroquias y colegios católicos.

Esto conlleva un profundo desafío cultural; la Iglesia, que a lo largo de los siglos ha generado tantísima cultura, hoy observa cómo el cine, el teatro, la música, las series de TV realizan propuestas culturales indiferentes o antitéticas a la cultura cristiana.

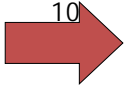
13. Recordemos, en resumen, las palabras del papa Francisco en el discurso a la Curia vaticana el 21 de diciembre de 2019, *No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe –especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente– ya no constituye un supuesto obvio de la vida en común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada,*

marginada, ridiculizada.

Esta profunda transformación cultural viene siendo afrontada por la Iglesia Católica en su historia reciente. El Concilio Vaticano II convocó a la Iglesia a volverse a su Señor, bajo la Palabra de Dios y celebrando los misterios de Cristo, para salir y proclamar a Jesucristo para la salvación del mundo. Después del Concilio, los papas siguieron impulsando la salida misionera de la Iglesia para el anuncio del Evangelio. Así lo propuso san Pablo VI como en *Evangelii nuntiandi* (1975), proclamando que la Iglesia existe para evangelizar. Esta renovada misión eclesial la expresó san Juan Pablo II con la llamada a la nueva evangelización. Benedicto XVI recordó que para hacer posible el encuentro con el Dios que es Amor, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE, n. 1). El papa Francisco quiere que una Iglesia en salida misionera, que surge de la alegría de la misericordia y exige conversión pastoral, sea el paradigma de toda la obra de la Iglesia (cf. EG, n. 15)

14. Siguiendo el magisterio pontificio, la Conferencia Episcopal Española ha ido elaborando sus respectivos planes pastorales en los que se insiste en la evangelización ante la gran transformación que en estas décadas vive la sociedad española. Citamos: *Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras* (1987); *Impulsar una nueva evangelización* (1990); *Proclamar el Año de Gracia del Señor* (1997); *Una Iglesia esperanzada. ¡Mar adentro!* (2000); *La nueva evangelización desde la Palabra de Dios: Por tu Palabra echaré las redes* (2011); *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo* (2016); *Fieles al envío misionero* (2021).

15. Nuestra diócesis de Huelva también ha secundado este impulso misionero de la Iglesia a través de los propios planes pastorales: Durante el Pontificado de Monseñor González Moralejo se hizo una Programación General diocesana sobre Evangelización (1980). Ya en el pontificado de Monseñor Noguer Carmona, en 1994, se elaboró el Plan Diocesano de Evangelización, a raíz de la Visita Apostólica de San Juan Pablo II a la Diócesis de Huelva el año anterior, con el título de “Huelva, sé tú misma. Descubre tus raíces”. Otro Plan Diocesano de Evangelización llenó los años que abarcan de 2005 al 2008. En el pontificado de Monseñor Vilaplana Blasco, entre 2010 y 2014 el PDE tuvo como objetivo: “La parroquia es mi familia”. Entre 2015 y 2019 ha estado vigente el último PDE, que ya ha expirado, y que tenía como título u objetivo pastoral: “La alegría de ser y vivir como cristianos hoy en Huelva”. A estos trabajos se

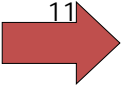


ha añadido la reflexión a propósito del *Congreso de laicos: Pueblo de Dios en salida*. El análisis DAFO de la situación de la diócesis que abordamos en el pasado curso pastoral se enriquecerá con las aportaciones que podamos recoger como fruto de la fase diocesana del Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad. En continuidad con este contexto eclesial del magisterio del Papa, de los Obispos y de nuestra diócesis debemos pensar estas Orientaciones Pastorales para los próximos años. Éstas vienen a suceder y completamentar las anteriores programaciones diocesanas, pero con un matiz importante de sinodalidad, en cuanto en las actividades y agentes que la han de llevar a cabo, pues, como se ha dicho, se ha tenido en cuenta la participación de los arciprestazgos, parroquias y otros grupos formados a raíz de la fase diocesana del próximo Sínodo sobre la sinodalidad.

16. Con todo, mirando nuestra Iglesia particular, hemos de coincidir con la Conferencia Episcopal cuando en las últimas orientaciones pastorales reconoce con humildad que: *los esfuerzos realizados en este tiempo han sido muchos, pero tenemos la impresión de que el cambio va más deprisa que nuestra conversión pastoral. Esta rápida transformación junto a la disminución y envejecimiento de las comunidades cristianas, de los pastores, consagrados y laicos, nos urge a ser fieles al Señor, «id y anunciad el Evangelio», y a acoger el propósito de conversión misionera de la Iglesia del papa Francisco. (Fieles al envío misionero. Aproximación al contexto actual y marco eclesial; orientaciones pastorales y líneas de acción para la Conferencia Episcopal Española (2021-2025))*

En definitiva, confiamos que el contexto social y eclesial que vivimos sea un estímulo para caminar juntos (cf. *Lc 24,13-35*) como Pueblo de Dios, intensificando nuestra conversión pastoral (cf. *Lc 3,3.10*) y salida misionera (cf. *Hch 1,8*). Nos pueden servir las palabras del famoso teólogo Henri de Lubac: “un cristianismo que se sitúa deliberadamente a la defensiva renunciando a toda apertura y a toda asimilación, no sería ya el cristianismo” (*Meditaciones sobre la Iglesia*. Ed. Encuentro, Madrid 2008, p. 302).

NUESTRA MISIÓN ES EVANGELIZAR



17. Buscamos actualizar la propuesta misionera que Jesús nos hace: *Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado* (Mt 28,19s).

La evangelización es el desafío más perentorio y exigente que la Iglesia está llamada a afrontar desde su origen mismo. En realidad, este reto no lo plantean sólo las situaciones sociales y culturales, que la Iglesia encuentra a lo largo de la historia, sino que está contenido en el mandato de Jesús resucitado, que define la razón misma de la existencia de la Iglesia: «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16, 15). (VS, 106)

La conversión pastoral y misionera

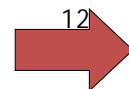
18. Esta conversión pastoral y misionera incumbe a todos los miembros de la Iglesia, a sus actividades y a sus estructuras. El papa Francisco ha colocado en el centro de la atención de la Iglesia la conversión pastoral y la transformación misionera: *Hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera* (EG 15). La idea, constantemente repetida, de *una Iglesia en salida* (EG 20-24) refleja su llamada a ser una Iglesia en camino para anunciar el Evangelio. Hay que pasar de la espera a la búsqueda.

La nueva evangelización es una tarea transversal. No puede ser entendida como una ocupación o acción añadida a las habituales obligaciones pastorales. A lo que se apunta es más bien a una nueva perspectiva con la que hay que iluminar y configurar toda la pastoral de la Iglesia.

El programa es Cristo

19. Al iniciar el tercer milenio, san Juan Pablo II nos decía: *No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste* (NMI 29).

20. Tenemos que estar convencidos de que la verdadera reforma de la Iglesia siempre viene de una vuelta a la novedad y alegría del Evangelio (cf. Ap 21,5) desde la profundidad de la Tradición (cf. 1Cor 15,1-11). Se trata, pues, de pensar más desde el cambio evangélico que de un cambio en una perspectiva meramente sociológica. Esto implica *obediencia al*



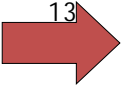
Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación. (GE, 173)

21. Esta fidelidad renovada requiere el ejercicio del discernimiento, que no es una moda, ni solo una metodología, sino, sobre todo, una actitud interior que tiene su raíz en un acto de fe (cf. GE, n. 166). *Nos hace falta siempre, para estar dispuestos a reconocer los tiempos de Dios y de su gracia, para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer. [...] Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones (GE, 169).* Consiste en intentar descubrir a nivel personal y comunitario el plan de Dios, su voluntad, su llamada. El discernimiento no se puede identificar con un análisis de la realidad, ni con un ejercicio de reflexión meramente personal.

22. Es un error pensar que la Iglesia se rejuvenece simplemente asumiendo acríticamente las ideas o las formas de vivir de la cultura dominante (cf. *Col 3,2-3*). En las décadas postconciliares podemos descubrir una constante en la vida de la Iglesia: las comunidades cristianas que han mantenido una clara identidad doctrinal y moral pueden sobrevivir e incluso florecer bajo los desafíos planteados por la cultura contemporánea dominante. Por el contrario, donde se impone la opinión arbitraria y sin fundamento en cuestiones de fe o de moral, la Iglesia se desdibuja y pierde poder de convicción.

23. Como se verifica en las diócesis, parroquias, comunidades religiosas, seminarios y movimientos laicales un *catolicismo light* de convicciones y conductas indeterminadas no funciona como proyecto pastoral del siglo XXI. Debemos mantener la propia identidad cristiana abiertos al diálogo cordial, sincero y no derrotista. Estar abiertos sin quedar disueltos. Es una tarea espiritual personal y comunitaria para nosotros. *Se trata, entonces, de adquirir un diálogo pastoral sin relativismos, que no negocia la propia identidad cristiana, sino que quiere alcanzar el corazón del otro, de los demás distintos a nosotros, y allí sembrar el Evangelio. (Papa Francisco: Discurso en Estrasburgo, 27-11-2014)*

24. En este sentido, debemos afrontar la posibilidad frecuente de ser contraculturales (cf. *1Cor 1,22-23*), lo cual significa el valor de desafiar, en nombre del Evangelio, las normas culturales contrarias a la antropología y a la moral cristiana, creyendo que la verdad plena de la fe católica es fuente



liberadora de la persona. En este contexto los cristianos tenemos que encarnar un modo de vida irreprochable, en contraste con las costumbres y las formas de vida del mundo, en el que habitamos como extranjeros (cf. *1 Pe 2,11*).

La alegría de evangelizar

25. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo (Documento de Aparecida, 29. V Conferencia General del CELAM 2007).

Es a la alegría a la que nos exhorta el apóstol Pablo: *Alegraos siempre en el Señor, os lo repito alegraos* (Flp. 4,4), repetida por el papa Francisco: *La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría* (EG 1)

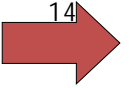
La alegría evangélica y evangelizadora es el fruto del amor de Dios. Esta alegría es el impulso más intrínseco de la evangelización. Solo podremos ser cristianos con atracción y con carisma, si recuperamos la alegría de la fe.

Como nos advierte el papa Francisco, *una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo* (EG 85).

Como nos decía san Pablo VI, *Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas* (EN 80).

Vivir intensamente la unidad eclesial

26. La Iglesia particular es el sujeto de la evangelización en cuanto es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo (EG 30). Por esta razón, para ser verdaderamente misioneras, tanto la Diócesis, como cada parroquia y cada comunidad cristiana no sólo viva la comunión entre sus miembros, sino que ésta ha de realizarse, además, con toda la Iglesia Universal a través del Sucesor de Pedro.



La unidad no tiene que ser fruto de una autoridad rigorista, sino fruto espontáneo de la fe (cf. Benedicto XVI, Homilía, 19 de febrero de 2012: “Todo en la Iglesia se apoya sobre la fe (...), también la autoridad en la Iglesia se apoya sobre la fe”), del amor, de la fidelidad y la responsabilidad de cada uno. El premio a este amor y a esta disciplina será la eficacia apostólica.

¿Desde qué presupuestos hacemos esto?

27. La conversión pastoral misionera se alimenta de la espiritualidad de la comunión para promover la corresponsabilidad, participación y solidaridad en las comunidades cristianas.

-Debemos reconocer y valorar más la diversidad y riqueza de la Iglesia. Descubrir la solidaridad y la solicitud recíprocas de todos los miembros de la Iglesia en su complementariedad.

-Los pastores atentos a la predicación de la Palabra, a tiempo y a destiempo (cf. *2Tim* 4,2), en todas sus formas posibles, animando la vida espiritual y santificando con los sacramentos a sus hermanos, coordinando las diferentes actividades pastorales que se desarrollan dentro de un proyecto pastoral compartido, impulsando el dinamismo misionero de toda la comunidad.

-Los consagrados y religiosos aportando el enorme potencial misionero que significa en la Iglesia su presencia; disponibles, llamados y capacitados para la acción evangelizadora (cf. Juan Pablo II, Exh. Apost. *Vita consecrata*, 72). A veces, algunas comunidades viven al margen de la vida diocesana, Pero también es cierto que las instituciones diocesanas han considerado a los religiosos como personas que *están* en la Diócesis, pero que *no son* de la Diócesis. Las comunidades religiosas son también parte de la comunidad diocesana. Todos tenemos que facilitar su integración en el conjunto de la vida y de la misión evangelizadora de la Iglesia particular.

-También los monasterios y las comunidades de vida contemplativa son agentes indispensables de la misión. Ellos aportan la fuerza de su testimonio que es primordial en la evangelización (cf. EN, n.69). Los monasterios pueden ser escuelas de oración, lugares de retiro y de aprendizaje para la vida interior, apoyo espiritual del trabajo pastoral de sacerdotes, religiosos y laicos que deseen acercarse a ellos y participar durante un tiempo en su vida litúrgica.

-Para la evangelización es también muy importante que logremos una relación adecuada entre los movimientos y las nuevas realidades eclesiales

con las estructuras fundamentales de la Diócesis y de las parroquias. En la renovación de la Iglesia y la evangelización del mundo secularizado los movimientos están siendo muy buenos agentes de pastoral. Los pastores tenemos la obligación, no solo la obligación, sino más bien la alegría, de aceptar estas nuevas realidades y de ayudar a los fieles a que también las perciban como una verdadera riqueza de la Iglesia local, valorando sin reticencias lo que ellos aportan y contando con ellos en todo, sin discriminaciones ni exclusiones (cf. *Ef 6,9*).

-En definitiva, la vivencia de la unidad eclesial tiene que estar siempre abierta a la fraternidad y la colaboración misionera con otras Iglesias, pues la responsabilidad del anuncio del Evangelio en todo el mundo es compartida por toda Iglesia particular.

Convencidos de que *la Iglesia no crece por proselitismo*

sino por atracción (EG 14)

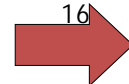
28. La misión es obra de la atracción de Dios en Cristo por el Espíritu Santo y la Iglesia. Cristo atrae todo a sí con la fuerza de su amor. La evangelización no es cruzada, ni proselitismo. El camino de Dios es la belleza de la atracción del amor, *atracción* por el testimonio del amor de Cristo (*1Cor, 9, 19-23*).

La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (Aparecida 159). Se trata sencillamente de ser atractivos y convincentes como cristianos, como parroquia y como Iglesia por medio de un anuncio evangélico y una catequesis vivos, la renovada conciencia del bautismo, la liturgia celebrada con unción y profundo respeto, la participación corresponsable de los laicos en la vida de la comunidad, el testimonio vivido en el día a día.

29. Sabemos que la evangelización y la transmisión de la fe solo acontecen en libertad y solo pueden dirigirse a la libertad de los otros (cf. *Gál 5,1*). La misma conciencia católica que nos obliga a actuar en coherencia con la fe, nos obliga también a tener en cuenta y a respetar las convicciones religiosas y morales de los demás. Benedicto XVI acentuaba una y otra vez: *“Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al cristianismo. La fe solo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres le pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que*

lo escuche” (Homilía en Munich, 10-9-2006).

16



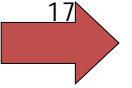
Un estilo pastoral caracterizado por la misericordia

30. Así lo señala el papa Francisco: *La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio* (EG 114). Es el proceder de Dios en la historia de la salvación, que renueva una y otra vez la alianza y concede al pueblo una nueva oportunidad, y lo hace de un modo totalmente libre y por pura gracia. “De las entrañas de misericordia de Dios Padre brota la posibilidad de que también nosotros podamos amar con su mismo amor, a Dios y a todos sus hijos, los hombres: la misericordia de Dios nos lleva a comprender cuál es su amor y cómo ha de ser nuestra caridad” (Comité para el Jubileo del año 2000, *Dios, Padre misericordioso*).

No obstante, **no** incurrir en una aparente misericordia, pseudomisericordia, haciendo la vista gorda en relación con una conducta equivocada y pecaminosa en vez de exhortar a la conversión (cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 37): “El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde solamente al interesado, tratándose de una valoración de conciencia. No obstante, en los casos de un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral, la Iglesia, en su cuidado pastoral por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente”.. Otro grave malentendido de la misericordia que consiste en creer que, en nombre de ella, es legítimo hacer caso omiso de los mandamientos de Dios.

Cuando la misericordia se confunde con una actitud de *laissez faire* surge lo que D. Bonhoeffer llamó “gracia barata”, es decir: “*Gracia barata significa justificación del pecado, no del pecador*”. “*Gracia barata es el anuncio del perdón sin penitencia, el bautismo sin disciplina comunitaria, la Cena sin reconocimiento de los pecados, la absolución sin confesión personal*” (*El precio de la gracia: el seguimiento*, Sígueme, Salamanca 1986, pág. 13 s).

31. La considerable relajación de la disciplina eclesial es una de las debilidades de la Iglesia actual y una forma errónea de entender lo que significa la misericordia en la dimensión pastoral de la Iglesia. Este vacío ha posibilitado algunos escándalos que están en el origen de la grave crisis actual de la Iglesia.



La misericordia auténtica no dirá la verdad de forma insensiblemente dura, sino que tratará a las personas con la sensibilidad y la franqueza del amor (cf. Ef 4,15). La misericordia pone siempre su mirada en la sanación y la reconciliación, y la Iglesia está llamada a dirigir su acción pastoral en esa dirección.

La evangelización siempre se lleva a cabo bajo el signo de la cruz

32. Únicamente pasando por la cruz es posible la esperanza en la nueva vida que nace de la Pascua. *Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación* (LG 8c).

Desde una postura realista y objetiva es difícil que en el futuro puedan darse las circunstancias necesarias para una relación armoniosa y sin dificultades entre Iglesia y mundo, fe y cultura. La nueva evangelización no puede efectuarse sin conflictos, como tampoco pudo evitarlos la antigua evangelización.

Desde esta lógica de la cruz tendríamos que asumir como una gracia de Dios la nueva situación histórica que le toca vivir hoy a la Iglesia: en minoría en bastantes contextos, con falta de recursos, a veces convertida en objeto de desafecto y desprecio 2Cor 12,10. Vivimos todo esto porque no nos queda más remedio, pero podemos asumirlo como una situación que nos ayude a conformarnos más al Señor, que anunció el Evangelio en persecución y pobreza. *La cruz, sobre todo los cansancios y los dolores que soportamos por vivir el mandamiento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y de santificación* (GE, 92).

La precedencia de Cristo en toda nuestra vida pastoral, incluye su misterio pascual, que es la gran fuente de esperanza de nuestro ministerio (cf. Francisco, *Homilía de la Vigilia Pascual*, 3 de abril de 2021): “*El nos precede siempre: en la cruz del sufrimiento, de la desolación y de la muerte, así como en la gloria de una vida que resurge, de una historia que cambia, de una esperanza que renace*”.

haciendo un ejercicio de humildad y de paciencia

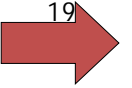
33. Jesús nos habla del método divino de la evangelización, sobre todo, con la parábola en la que compara el reino de Dios con un grano de mostaza, del que, con el tiempo, crece un gran árbol (cf. Mt 13,31-32; Mc 4,30-32; Lc 13,18-19). Dios hace una y otra vez que de lo pequeño nazca algo grande. Los cristianos estamos expuestos a la tentación de querer tener demasiado pronto un árbol grande y buscar enseguida el éxito.

Señalando algunas notas que requiere la santidad en el mundo actual, el papa Francisco habla de aguante, paciencia y mansedumbre: *La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8,31).* (GE, 112)

Detrás de nuestra programación pastoral se puede ocultar algunos peligros, como la tentación del éxito, la impaciencia y hasta el orgullo de los grandes números, confundiendo la preocupación por las almas con la preocupación por el número. Se dice que la mayoría de los pastores sobrevaloran lo que puede conseguirse en un año e infravaloran lo que se puede hacer en cinco. Hay que pasar del querer hacerlo todo, solos y pronto, a hacer una parte, con otros y a medio plazo.

Por otro lado, la historia de la Iglesia nos advierte que hay que ejercitar la paciencia institucional. Las reformas en la Iglesia no suceden por revoluciones, sino por la suma de cambios imperceptibles que van haciendo real en la práctica y en la vida cotidiana otro modo de ser Iglesia. Solo cuando esta situación alcance su madurez en el entramado eclesial, aparecerá de forma visible en sus estructuras. (64)

34. Si escuchamos bien el mensaje de la parábola con la que hemos empezado este apartado, tomaremos conciencia de que el Reino de Dios, aunque requiere nuestra colaboración, es ante todo don del Señor, gracia que nos precede. Esto nos llama a la humildad y a la santa paciencia. Nuestra pequeña fuerza, en íntima comunión con la de Dios, nos permitirá vivir con optimismo, a pesar de las dificultades y sufrimientos por los que pasemos, el milagro del crecimiento de la semilla que brota y crece, porque la hace crecer el amor de Dios (cf. Benedicto XVI, *Ángelus*, 17 de junio de 2021).



Poco a poco, reflexionando, rezando, dando pequeños pasos en la misma dirección, iremos viendo las cosas con más claridad e iremos encontrando el camino de la misión. Se trata de un trabajo lento, hecho con conciencia de continuidad generacional y con perspectiva de futuro. La Iglesia se construye a través de un trabajo común que requiere humildad y paciencia para reconocer la acción de Dios que inspira, sostiene y acompaña nuestras acciones humanas (cf. *Prov* 22,4).

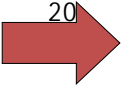
“Es por ello, que debemos tener muy en cuenta que el estilo evangelizador, en una pastoral misionera, requiere de una paciencia que se caracteriza por ser perseverante. Tener la plena confianza de que Dios tiene un momento de gracia para con cada uno de nosotros. La clave evangelizadora está en aguardar ese momento de gracia y acompañar el proceso de iluminación que el Espíritu Santo enciende en cada persona para anunciarles el Amor de Dios.”

**La santidad y la evangelización sólo pueden ser alcanzadas
por la unión del esfuerzo del hombre con la gracia de Dios**

35. Un adagio latino dice *velis remisque*, (“con las velas y los remos”). La Iglesia es la barca de Pedro que se lanza a remar y pescar. Debe echar las redes en la evangelización, uniendo el esfuerzo de los brazos, que mueven los remos, con la fuerza del viento del Espíritu, que empuja las velas (cf. *Lc* 5,1-11).

El papa Francisco propone esta convicción como uno de los pilares fundamentales del pensamiento de la Iglesia católica: *Así como el supremo mandamiento del amor, esta verdad debería marcar nuestro estilo de vida, porque bebe del corazón del Evangelio y nos convoca no solo a aceptarla con la mente, sino a convertirla en un gozo contagioso. Pero no podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo. Necesitamos «consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad.*

Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más (GE, 55 s).



36. Esta conciencia acerca de la obra del Espíritu Santo en la misión de la Iglesia era proclamada por san Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi: Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación*” (nº 75).

La prevalencia de la gracia en la acción evangelizadora no elimina, sino que exige, la acción del hombre que se predispone a ser renovado en su naturaleza más íntima para poder ser, a su vez, transmisor y agente de una verdadera evangelización. (cf. Congregación para la Doctrina de la fe,

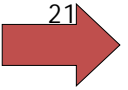
Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, n. 17, 31 de mayo de 2004: “La renovación de la gracia, sin embargo, no es posible sin la conversión del corazón. Mirando a Jesús y confesándolo como Señor, se trata de reconocer el camino del amor vencedor del pecado, que Él propone a sus discípulos (...) Una tal conversión no puede verificarse sin la humilde oración para recibir de Dios aquella transparencia de mirada que permite reconocer el propio pecado y al mismo tiempo la gracia que lo sana”).

Testimoniar la visión del mundo presente y vivir la misión de la Iglesia a la luz de la esperanza eterna

37. La fe cristiana nos permite ver el mundo y la vida a la luz de la esperanza en la justicia perfecta y la reconciliación definitiva que aguardamos de Dios (cf. *Rom* 15,13. Es muy importante volver a sentir y anunciar la perspectiva escatológica inherente al mensaje cristiano, a fin de que en el empeño misionero superemos una fijación en lo meramente intramundano y nos abramos al horizonte de la vida eterna (cf. *Jn* 6,54).

La Iglesia no puede presentar su misión únicamente como una propuesta ética y de valores, sino que debe hacerlo como instrumento de la relación salvadora con Dios (cf. *Mc* 16, 16). Si únicamente se manifiesta como una asociación humanista y como tal es percibida, la Iglesia se hace a sí misma superflua a largo plazo, y, sobre todo, sería infiel al Evangelio recibido.

38. Es importante notar la sustitución que se ha producido en nuestra cultura de la idea cristiana de la salvación por el deseo de una felicidad inmanente y un bienestar de carácter material. De este modo, la esperanza de los bienes futuros queda reemplazada por un optimismo utópico, que confía en que el hombre podrá alcanzar la felicidad mediante el desarrollo científico o tecnológico. Cuando se experimenta que la prosperidad

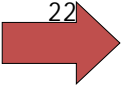


material no asegura esa felicidad, esta se busca en un subjetivismo cuyo objetivo es llegar a estar bien con uno mismo. Se produce una mundanización de la salvación y se pierde el horizonte de eternidad que impregna la existencia humana. (Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, “*Mi alma tiene sed del Dios, del Dios vivo*” (Sal 42,3). *Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana*, 28 de agosto de 2019).

Sin el horizonte de la vida eterna, como dice el cardenal Kasper, nuestro mundo caería en un inmanentismo inmisericorde, que exige la justicia perfecta y la felicidad plena de inmediato. Así la vida se torna exigente y abrumadora. La injusticia nunca podrá ser eliminada por completo y la misericordia y el amor nunca podrán ser plenamente realizados en este mundo. Sólo la esperanza en la justicia divina y en la reconciliación escatológica asociadas a la resurrección de los muertos hace realmente digna de ser vivida la existencia en este mundo.

39. La apertura a Dios como fuente de la verdadera esperanza es afirmada, también, por Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*, y la podemos entender como un estímulo para nuestra misión evangelizadora: “Es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. Jn 13,1; 19,30)” (n. 27).

Esta esperanza forma parte del patrimonio de la Iglesia, que nosotros podemos ofrecer y testimoniar a todos los hombres. Como dice el papa Francisco. *Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quite el gozo de la esperanza* (LS 244).



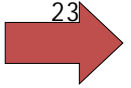
40. Nuestra misión es evangelizar aquí y ahora,
respondiendo a la llamada permanente del Señor resucitado y vivo.

La pregunta que nos hacemos es

**¿qué nos proponemos conseguir en la situación actual
de nuestra Iglesia particular y de la sociedad de Huelva?**

La respuesta que ofrecemos es:

1. Crear un clima de responsabilidad misionera.
2. Proporcionar oportunidades para experimentar una auténtica comunidad eclesial.
3. Tener una presencia misionera en la vida pública.
4. Todos llamados a la santidad y a la misión.



CREAR UN CLIMA DE RESPONSABILIDAD MISIONERA

41. Lo decisivo es llevar el convencimiento de que cada parroquia, cada comunidad eclesial, cada familia cristiana, cada bautizado es responsable del anuncio misionero del Evangelio en nuestra ciudad, barrio o pueblo, entre nuestros familiares, amigos y compañeros de trabajo o estudio. Seamos misioneros en nuestra tierra.

Porque muchos bautizados viven como si Dios no existiera

42. *“Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero en realidad no lo conocen. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera. Se repiten los gestos de la fe, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. Un sentimiento vago y poco comprometido ha suplantado las grandes certezas de la fe.”* (San Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 2003, 46 y 47). En estas palabras de San Juan Pablo II vemos reflejada la vida cristiana de muchos bautizados en nuestra Diócesis.

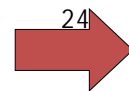
Creemos que nuestra prioridad es hacer presente a Dios

en el mundo y facilitar a los hombres el encuentro con Él

43. El mensaje central que hemos de comunicar hoy es que Dios existe. Afirmar que Dios existe y es bueno creer en Él. Anunciar que Dios nos ha manifestado su rostro en Jesucristo. Y su presencia nos ayuda a comprender mejor la realidad, pues forma parte de la misma. La presencia de nuestro Dios encarnado, que se manifiesta en la historia, nos ayuda a interpretarla mejor y a colaborar en la andadura de la propia vida histórica de los pueblos.

Unas palabras de Benedicto XVI en su discurso al Pontificio Consejo para los Laicos de 25 de noviembre de 2011 nos iluminan: *Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. ¡Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho, Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida! La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos.*

Porque es urgente despertar en nuestra Diócesis un movimiento misionero



44. Esta es la apelación repetida que nos hace el Papa Francisco: *Fiel al modelo del Maestro, es vital que la Iglesia salga hoy a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demora, sin repulsiones y sin miedo*” (EG 23).

En otros tiempos salieron de nuestras costas misioneros que evangelizaron el Nuevo Mundo. Hoy las nuevas tierras de misión son la nueva cultura, las nuevas generaciones, la sociedad futura que ya se va gestando. Los problemas cotidianos no pueden hacernos olvidar el problema fundamental de nuestra Iglesia que es la deserción y la descristianización, incluso de muchos que se siguen considerando cristianos.

También tenemos que pensar en evangelizar a los no bautizados y a los miembros de otras religiones que cada vez van siendo más numerosos

45. Quienes consideran como un bien en sí mismo el pluralismo religioso y atribuyen indistintamente un verdadero valor salvífico a todas las religiones, incluido el cristianismo, debilitan el interés misionero de la Iglesia. En el fondo de estas opiniones está una falta de comprensión y valoración correctas de la Encarnación del Verbo de Dios. Jesús, por ser Hijo de Dios, es Salvador único y universal. Otros posibles caminos de salvación, como las religiones no cristianas u otras filosofías, no deben entenderse como caminos paralelos, sino como caminos preparatorios, deficientes y convergentes.

Cada religión, y aun cada persona, puede recibir la influencia salvadora de Jesucristo de diferentes maneras, ya sea por los caminos de la historia y de las influencias culturales, ya sea por los caminos invisibles y misteriosos del Espíritu de Dios que llega a todas partes por la voluntad universal de Dios que quiere la salvación de todos los hombres, en Cristo y por Cristo. Así podemos presentar el cristianismo no como la negación de su religión o de sus convencimientos, sino como el esclarecimiento y la consumación de toda la verdad y todo el bien que pueda haber en su camino, en sus convicciones, en sus deseos y esperanzas. Nuestro modo de hablar debe tener el afán de decir y hacer la verdad en el amor (cf. *Ef* 4,15).

Por esta razón, el Concilio Vaticano II en la *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas* dice que *La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. (...) no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar*

constantemente a Cristo, que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn., 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas. (NA, 2).

En Huelva hay una presencia significativa de otras confesiones y religiones, sobre todo de musulmanes. Por nuestra parte tenemos que estar dispuestos a la acogida, al trato respetuoso y fraterno, a la ayuda mutua y al diálogo de vida, de acción, de ideas o de experiencias; sin renunciar a la presentación del Evangelio del mejor modo posible, sin ocultar ni diluir nuestra identidad y nuestras convicciones cristianas.

Requiere un anuncio explícito de Jesucristo

46. Como decía san Pablo VI, no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios. (EN n. 22). Este anuncio —kerygma— requiere focalizar nuestro esfuerzo pastoral en su anuncio y transmisión. No puede haber auténtica evangelización sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización (EG, n. 110). La esencia de la misma está en anunciar que Dios te ama (ChV, n. 112), Cristo te salva (ChV, n. 118) y Él vive (ChV, n. 124), experimentando la acción del Espíritu Santo que mantiene viva esa experiencia de salvación (ChV, n. 130).

Hoy existe el peligro real de confundir el Evangelio de Jesucristo con un programa de vida temporal justa y feliz (S. Juan Pablo II, *RM*, n. 11).

El anuncio de Jesucristo hemos de hacerlo con audacia y fervor, con parresía. *Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo» (Mc 6,50). «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo parresía, palabra con la que la Biblia expresa también la libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. Hch 4,29; 9,28; 28,31; 2Co 3,12; Ef 3,12; Hb 3,6; 10,19).* (GE, 129)

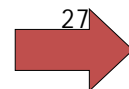
En conclusión, debemos centrarnos en hablar del Señor, explicando los fundamentos de la fe, evitando las polémicas secundarias, y buscando el incremento de la fe en Dios y en Jesucristo como fundamento del cambio de vida personal y de la renovación del mundo.

47. La pastoral misionera demanda pasar del recibir al salir, del esperar a que vengan al ir a buscarlos; y facilitar a todos el encuentro con el Señor. Tenemos que aprovechar y apreciar la evangelización *cuerpo a cuerpo*, de uno en uno.

La expresión *discípulos misioneros* (sin la y) expresa que el discipulado es misionero y la misión es discipular. Benedicto XVI nos recordaba que *discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4,12) (Discurso en Aparecida, n. 3).*

La misión es un dinamismo esencial y permanente de la vida cristiana, no una consecuencia final. *La misión es inseparable del discipulado, por lo cual no debe entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona” (Aparecida, 278e V Asamblea General del CELAM, 2007).*

El papa Francisco hace una llamada al compromiso misionero de todo bautizado que no admite excusas ni dilaciones: *En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en una llamada dirigida a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG, n. 120). La Iglesia tiene misión y ella misma es misión.*



48. El papa Francisco *exige del evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena*” (EG 165)

Hay que saber crear y esperar el momento de un verdadero encuentro personal. La evangelización no puede ahorrar los encuentros personales. Más bien, de nuestras actuaciones públicas deberíamos provocar en los oyentes el deseo de tener una conversación detenida.

Para una hacer una pastoral misionera es necesario escuchar. No podemos ayudar a una persona a revisar sus convicciones sin conocer cómo entiende y organiza su vida en su posible situación de alejamiento o de incredulidad.

La categoría de diálogo es un instrumento fundamental en el anuncio del Evangelio, y por eso la Iglesia ha de enriquecerse practicando el diálogo y el encuentro, recorriendo el camino sinodal que se nos propone.

Resulta imprescindible aclarar con paciencia malentendidos y corregir informaciones falsas. En el ambiente actual las personas que no frecuentan la vida de la Iglesia suelen tener una imagen muy negativa de lo que somos y de lo que hacemos.

La actitud básica del evangelizador tiene que ser la compasión y la acogida, como Jesús. Ayudar a las personas con amor y respeto a librarse de sus errores y a ver la realidad con ojos nuevos.

La iniciación cristiana

49. El proceso de la iniciación cristiana (la preparación para los sacramentos del Bautismo, la primera Comunión y la Confirmación) tiene que ser el primer cauce de nuestra pastoral misionera. Evangelizar es precisamente iniciar a la vida cristiana. Tenemos que poner un particular empeño para que, mediante un vigoroso anuncio del Evangelio, ningún bautizado quede sin completar su iniciación cristiana, ofreciendo la preparación y el acceso a los sacramentos de la Confirmación, la Reconciliación y la Eucaristía. Con suave pero firme persuasión pastoral, hemos de invitar a participar de una vida cristiana que ponga su mirada en alcanzar la plenitud de la participación eucarística, sobre todo en la celebración dominical.

En la situación actual, cuando las vías de transmisión de la fe y los lugares de aprendizaje a ellas asociados (la familia, la parroquia y la escuela), se debilitan progresivamente, tenemos que inspirarnos en la Iglesia primitiva,

donde el catecumenado era el camino originario y específico para llegar a ser cristiano y para la iniciación eclesial. Detrás de ello latía la convicción de que uno llega a ser cristiano tras un camino de transformación, purificación y conversión que debe ser recorrido paso a paso.

El proceso entero de la Iniciación Cristiana tendría que estar centrado en este objetivo de la conversión y aprendizaje de la vida cristiana como algo esencial, y debería desarrollarse de tal manera que pudieran alcanzarlo con cierta normalidad. Con frecuencia nos conformamos proponiéndonos objetivos menos exigentes y nos olvidamos de que la vida cristiana comienza con la conversión personal, o bien damos por supuesto que esta conversión está hecha. El triste saldo es una Iglesia de cristianos no convertidos, que es una Iglesia hueca, ficticia, una apariencia de Iglesia.

Junto al proceso de la Iniciación Cristiana coexisten otras formas intensivas de evangelización, menos extensas, que pueden ser útiles en circunstancias especiales, como alternativa o como refuerzo. Los Ejercicios Espirituales, los Cursillos de Cristiandad, los Retiros de Emaús y otras prácticas parecidas son formas abreviadas e intensas de una evangelización que busca la conversión.

Con frecuencia vivimos la dolorosa realidad de la inadecuación entre fe y sacramento, es un problema fundamental de la vida litúrgica de la Iglesia, que debemos afrontar desde una pastoral misionera. Hablamos de la inadecuación entre fe y vida, pero hemos de pensar también de la inadecuación entre fe y sacramentos.

Los catecismos de la Iglesia

50. El primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se contente con poco, sino que pueda decir plenamente: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 20) (EG, n. 160). La formación ha de ser permanente (abarca todas las edades y todos los estados) e integral, y deberá ayudar a descubrir y a cultivar la vocación propia y capacitar para la misión. También la formación debe ser compartida en la comunidad.

Muchos bautizados padecen una especie de analfabetismo teológico. No saben nada de su fe y no lo ven como un problema. Han creído que el catolicismo es, en el fondo, lo que uno mismo quiera que sea.

En este contexto es fundamental utilizar bien el Catecismo de la Iglesia Católica, para no perderse en demasiadas divagaciones en la transmisión de la fe. En la iniciación cristiana de niños y adolescentes debemos recurrir a los catecismos de la Conferencia Episcopal Española: *Mi encuentro con el Señor. Los primeros pasos de la fe*, catecismo para el despertar religioso en la familia y en la parroquia para niños de 0-6 años; *Jesús es el Señor*, catecismo para la iniciación sacramental para niños de 6-10 años; y *Testigos del Señor*, catecismo para el crecimiento y primera síntesis de fe para niños y adolescentes de 10-14 años.

También, la contemplación del arte cristiano y un mejor conocimiento directo de alguna realidad cristiana (un monasterio, una institución de caridad o cualquier otra experiencia fuerte de una realidad cristiana) pueden ser útiles y hasta necesarios en algún momento del proceso de la iniciación cristiana de niños, jóvenes y adultos.

La piedad popular

51. La pastoral misionera debe asumir, reconocer, acompañar purificar y potenciar las distintas formas de la piedad popular tan abundantes en nuestra Iglesia particular. Debemos buscar que cada vez sean más verdaderas, procurar que la fe penetre en la experiencia de vida de las personas y se manifieste en la fraternidad cristiana, en la caridad y la solidaridad; y esté menos condicionadas por la influencia de instituciones e intereses ajenos a la verdadera inspiración cristiana, evitando las situaciones incoherentes, ambiguas y confusas.

En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, la espiritualidad popular sigue siendo *una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe* (*Aparecida*, n. 264). Los santuarios, centros de la piedad popular son lugares providenciales del encuentro de una buena parte del pueblo creyente con Dios, y deben ser objeto de nuestro cuidado pastoral más esmerado. En ellos muchas personas recuperan la propia identidad de creyentes.

La piedad popular abarca todos los sectores sociales y es, a veces, uno de los vínculos que reúne a los hombres de nuestra sociedad políticamente tan crispada. Ofrece también muchos medios de identificación frente al anonimato y al aislamiento de nuestra sociedad. Esto explica que algunas imágenes y devociones populares sirvan de factor de identidad colectiva y de cohesión a las poblaciones de nuestros pueblos y ciudades.

Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, 48 dice sobre la religiosidad popular que es “una expresión particular de la búsqueda de Dios y de la fe”, y que “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”. Al mismo tiempo expone algunos de sus valores (sentido de lo sagrado, apertura a la Trascendencia, disponibilidad ante la Palabra de Dios, gran sentido de la oración, capacidad de hacer una síntesis entre lo humano y lo divino, amor a María, dimensión comunitaria...).

Siguiendo al Papa Francisco: “En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo.” (EG 126).

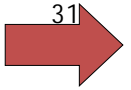
Hay muchas expresiones populares impregnadas de religiosidad que se encuentran en las casas o por la calle. Entre nosotros la piedad popular se concentra en torno a la Semana Santa y Pascua, a la Navidad y a las fiestas patronales. Debemos pensar cómo evangelizamos en estas manifestaciones de fe que congregan a un gran número de personas.

Sobre los riesgos de la piedad o religiosidad popular, San Juan Pablo II afirmaba: “No pocas (cofradías) han quedado reducidas a una existencia casi formal, en la que sus ritos, usos y costumbres han perdido vitalidad cristiana. Además, el secularismo actual amenaza en convertirlas en meras manifestaciones costumbristas y de folclore, sin otro interés que el cultural o benéfico, o la exaltación de la propia identidad local o regional” (*Mensaje por el I Congreso Internacional de Hermandades*, Actas I, 293)

Algunas estrategias para una pastoral misionera

52. Las parroquias deben sentirse movidas continuamente a expandir su presencia misionera en todo el territorio confiado a su cuidado pastoral. Para ello, pueden recurrir a las misiones populares, a la creación de comunidades y de grupos de formación y oración en las casas, la multiplicación de centros de catequesis; a los movimientos eclesiales; a los grupos de visitantes de enfermos y ancianos. El objetivo es romper el aislamiento, restaurar y fortalecer el tejido de la comunidad y de la convivencia cristiana.

53. Junto a las misiones populares en las parroquias, también se pueden pensar para ambientes específicos como hermandades y cofradías y colegios. Estas misiones populares, más allá de la renovación de la fe y la vida de los miembros practicantes de la comunidad, se plantean la doble tarea de recuperar a quienes en su día formaban parte de la comunidad y



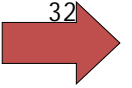
luego se distanciaron de ella, y de ganar por primera vez a quienes nunca han tenido relación con la Iglesia.

54. La pastoral misionera debe prestar una atención especial al mundo del sufrimiento, acompañando a los que se encuentran en los hospitales, a los encarcelados, a los ancianos solos o en residencias de mayores, a los que sufren la pérdida de personas queridas, a los excluidos, habitantes de las nuevas periferias (cf. Juan Pablo II, Carta Apost. *Salvifici doloris*, 28-30).

55. El hecho cultural de una nueva vivencia secularizada de la muerte debe impulsar a las comunidades parroquiales a llevar a cabo una *pastoral del duelo*, mediante una presencia en los velatorios junto a las familias, un ofrecimiento de la celebración de las exequias o de Misas por el difunto en la parroquia, y favoreciendo una acogida cordial y un acompañamiento en el dolor a los familiares, ofreciendo en todo momento el consuelo de la esperanza cristiana en la vida eterna (cf. CEE, Documento “*Un Dios de vivos*”, 18 de noviembre de 2020).

56. También la Acción Católica General en la parroquia y los Movimientos de Acción Católica Especializada pueden ser un buen instrumento para la formación integral de laicos misioneros, pues el sentido de la Acción Católica es formar seglares para la evangelización.

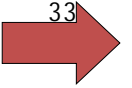
57. Los colegios católicos deben intensificar un movimiento de misión evangelizadora (cf. Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 28 de diciembre de 1997). Las escuelas católicas tienen que ser a la vez lugares de educación integral cristiana, que incluye la evangelización, la inculturación y el necesario aprendizaje para vivir cristianamente en un contexto pluricultural y con frecuencia agresivo para la fe (cf. Congregación para la Educación Católica, *Educación al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para una civilización del amor*, 28 de octubre de 2013). El educador cristiano educa y evangeliza, pues Jesucristo es modelo y fundamento de una personalidad verdaderamente humana. Los titulares de los colegios católicos tienen que sentirse participantes de la acción misionera no sólo de su Congregación sino también de la Iglesia diocesana. Se debe procurar que el trabajo pastoral del colegio esté coordinado con la acción educativa y catequética de la parroquia y de la pastoral juvenil diocesana. Las parroquias, y los arciprestazgos, por su parte, tienen que incorporar a los colegios católicos o de inspiración cristiana que están en su territorio como instituciones pastorales con las que hay que contar, integrándolos en el trabajo pastoral de conjunto.



58. Una pastoral misionera deberá emprender *procesos de evangelización de la cultura* (EG 69). La Iglesia no puede dejar de acercarse a la universidad y al mundo intelectual para contribuir a la cultura que allí se elabora. Una buena pauta nos la puede ofrecer las palabras que, lamentablemente, no dejaron pronunciar al Papa Benedicto XVI en la Universidad de la Sapienza de Roma: “¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad? Seguramente no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro.” (17 de enero de 2008).

59. Hemos de emprender estrategias misioneras, tales como visitas a las casas, el uso de los nuevos medios de comunicación social, y la constante cercanía a lo que constituye para cada persona su vida cotidiana. Tenemos que encarnar un catolicismo en el que las diversas instituciones de la Iglesia se convierten en plataformas de lanzamiento para la misión.

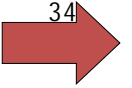
Acciones



- 1.
 - 2.
 - 3.
 - 4.
 - 5.
-

Agentes

- .
 - .
 - .
 - .
 - .
-



**PROPORCIONAR OPORTUNIDADES PARA EXPERIMENTAR
UNA AUTÉNTICA COMUNIDAD ECLESIAL**

Incorporando a la comunidad de fe que es la Iglesia.

60. Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente (Lumen Gentium, 9).

La pastoral misionera no puede darse por satisfecha con el anuncio del Evangelio, sino que debe invitar a las personas a convertirse en miembros del cuerpo de Cristo por el bautismo, incorporándose a la comunidad de fe que es la Iglesia (cf. Ef 2,19 ss).

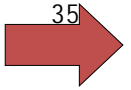
La evangelización solo puede exhortar honestamente a la conversión si la Iglesia es capaz de presentarse como una comunidad que testimonia y hace posible experimentar en medio del mundo un nuevo estilo de vida, el de los seguidores de Jesús.

La comunidad está llamada a crear ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado» (Vita Consecrata, 42). Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. (Gaudete et Exsultate, 142)

Asimismo, queremos resaltar que los procesos de acompañamiento requieren de comunidades de acogida que nos ayuden a todos, acompañantes y acompañados, a discernir y a integrar las diferentes dimensiones de nuestra vida en el seguimiento de Jesús y a acercarnos a los sacramentos.

**Porque los cristianos necesitan comunidades reales donde compartir y
vivir su fe con normalidad**

61. Un proverbio africano apócrifo reza así: Se necesita una tribu –es decir, una comunidad- para educar un niño. Los cristianos necesitan comunidades reales donde compartir y vivir su fe con normalidad. La construcción de este microclima espiritual y cultural tiene que ser en



adelante una de las tareas principales de nuestras parroquias y comunidades cristianas.

Tenemos la dolorosa experiencia de ver como muchos que han sido introducidos a los sacramentos de iniciación, incluso en el caso de aquellos que han tenido experiencias auténticas del Señor, fácilmente se alejan por falta de grupos de referencia. La solución para mantenerse en la vida de la Iglesia pasa por contar con comunidades significativas donde integrarse. Sólo así podremos dar el salto hacia una forma realmente contracultural de vivir el cristianismo, de lo contrario, estaremos expuestos a ser asimilados por la modernidad líquida, perdiendo nuestra identidad de discípulos misioneros del Señor.

En estos tiempos de pandemia, los miembros de las comunidades cristianas hemos podido mantener el contacto gracias a las redes sociales. Unas redes en las que los jóvenes tienen una elevada presencia. No obstante, sin dejar de reconocer las posibilidades que este tipo de medios nos ofrecen, es importante que no eludamos el reto de pasar de la red a la comunidad, donde se vive y se realiza el encuentro, fruto de una verdadera relación personal.

Tampoco las manifestaciones masivas de la piedad popular nos deben excusar del trabajo por crear pequeñas comunidades cristianas. Las dos formas de manifestar la fe son modos complementarios de cultivar la pertenencia a la Iglesia de un modo afectivo y efectivo.

Porque la comunidad constituye la naturaleza de la Iglesia

62. San Pablo nos presenta a la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Un Cuerpo en el que cada uno de los creyentes no sólo queda íntimamente unido a Cristo, que es la cabeza, sino también al resto de miembros, formando así una unidad. Además, como también nos explica el apóstol de los gentiles, Cristo cabeza no sólo alimenta y cuida de su Iglesia, sino que, además, la ama. (cf. Ef 4,1-7; 5,25-30).

De lo anterior se deriva una interpelación para la vida personal y de las diversas comunidades eclesiales: ¿amamos a la Iglesia, trabajamos por despertar en otros el amor a la Iglesia? Sólo amándola mostraremos que hemos tomado conciencia de lo que en ella y a través de ella nos ha sido regalado: Dios mismo. Sin entusiasmo por la Iglesia de hoy no puede surgir una pastoral misionera.

Las imágenes de la Iglesia como Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo permiten ensamblar los valores de la unidad y la diversidad, la

complementariedad y la totalidad, propios de la Iglesia-comunión. También a partir de esta comprensión de la Iglesia comprendemos la apremiante llamada que el papa Francisco nos hace a la sinodalidad: *Lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra «Sínodo». Caminar juntos —laicos, pastores, Obispo de Roma— es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica.* (Discurso en la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, 17 de octubre de 2015).

La comunión eclesial se convierte igualmente en tarea: *“el individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas (...) Se notan en los conflictos de la familia, los desgarramientos de la nación y la desintegración del continente. La acción pastoral debe mostrar que la relación con nuestro Padre exige el desarrollo de la unión entre los hermanos. En esta línea el núcleo del contenido evangelizador busca fortalecer una mayor comunión con la Trinidad en el Espíritu de Cristo que sane, promueva y afiance los vínculos personales en las nuevas expresiones de amor, amistad y comunión y solidaridad a nivel familiar, social y eclesial. Aquí se sitúan tanto la necesidad de una intensa comunión eclesial ad intra (...), como la exigencia de un servicio ad extra”* (J.M. Bergoglio, *Intervención. Conferencia Episcopal de Argentina*”, Pastores 40 (2007) 33).

A imagen de las primeras comunidades cristianas, centros misionales.

63. Estamos llamados a recrear y dar testimonio de la vida ejemplar de la primera comunidad cristiana recogida en los sumarios de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16). Que puedan decir de nosotros: mirad cómo aman a los demás y se aman unos a otros.

Tenemos que configurar comunidades eclesiales que se miren en las primeras comunidades, las cuales vivían acudiendo al templo y reuniéndose en las casas, alimentándose de lo que son las fuentes de la vida de la Iglesia: la enseñanza de los Apóstoles, es decir, la doctrina de la fe y de la moral católica; la oración común y la fracción del pan, arraigados así en Jesucristo por la oración y los sacramentos; y la comunión de bienes y el servicio a los pobres, el amor fraterno hecho norma de vida (cf. Hch 2,42-47).

Las primeras comunidades cristianas se presentan fraternas y heterogéneas, con novedades históricas sorprendentes, integrando a hombres y mujeres, judíos y paganos, libres y esclavos (Gál 3,28).

Comunidades eclesiales que actúan como centros misioneros, tal como las presentan los Hechos, refiriéndose a Jerusalén, Damasco, Cesarea y Antioquía. También hoy la acción misionera tiene que llevarse a cabo como se hizo en la primera evangelización, desde centros eclesiales de intensa vida espiritual, enraizados en la sociedad en la que viven. Es tiempo para que nuestras parroquias, comunidades religiosas, monasterios, movimientos, asociaciones cristianas, hermandades y cofradías, se conviertan en centros de irradiación misionera.

Sin idealismos: Comunidad y perdón

64. No podemos idolatrar la idea de comunidad. La línea que separa el bien y el mal atraviesa el corazón de cada persona. Ya san Pablo se queja de las divisiones en la comunidad (cf. 1Cor 1,10-17) y critica que los cristianos se muerdan y devoren unos a otros (cf. Gal 5,15). Saber y experimentar esto nos mantiene en la humildad y la sensatez. Una comunidad que no pueda asumir sus deficiencias con el perdón, de sanar las heridas del pecado mediante el amor, no es verdaderamente cristiana.

El sacramento de la Penitencia es una manifestación de la misericordia divina tanto para el individuo como para la comunidad eclesial. Debe ser una ayuda para superar agresividades y partidismos en la Iglesia, para darnos mutuamente una nueva oportunidad, para encontrar una forma más misericordiosa de tratarnos unos a otros, para convertirnos en una Iglesia más misericordiosa.

Cuando una comunidad pierde la tensión que deriva de una sana exigencia, termina disolviéndose; no obstante, cuando cae en la tentación de la rigidez, termina empequeñecida, asfixiada y encerrada en sí misma.

El papa Benedicto XVI presentaba como una de las causas de la crisis espiritual que afecta al hombre de hoy, el oscurecimiento de la gracia del perdón. Esto no solo incapacita la renovación del propio individuo, sino también de la comunidad eclesial misma (cf. Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal del Brasil, Región Este-1 en Visita ad limina, 25 de septiembre de 2010).

La Familia, llamada a ser Iglesia doméstica

65. La enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia es la menos popular hoy en día y, sin embargo, puede que sea la más importante. La propuesta cristiana del matrimonio que implica el sí para siempre abierto a la vida, como fruto del amor, responde a la necesidad y al deseo que todos

tenemos de amar y de ser amados.

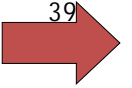
Un efecto del gigantesco y rápido cambio cultural es la ruptura del modo tradicional de transmisión de la fe religiosa de los padres a los hijos. El pluralismo impacta de tal modo que hay hijos que no tienen la religión de sus padres y padres que no tienen la religión de sus hijos. Los medios de comunicación han invadido todos los espacios, introduciéndose también en la intimidad del hogar. La comunicación familiar e intergeneracional de las creencias y los valores está cuestionada por la crisis de confianza en las instituciones tradicionales –familia, escuela e iglesia-. Tenemos que ayudar a las familias cristianas para que sean capaces de hacer un discernimiento crítico de los mensajes culturales que reciben. Esto exige mejorar la formación permanente de todos sus miembros y en todas las etapas de la vida; y, a veces, puede requerir limitar la intromisión de los medios de comunicación en el hogar, especialmente televisión e internet. Debemos pensar en el gran reto que supone la tecnología XXI para quien intente llevar una vida cristiana.

La pastoral misionera tiene que ocuparse de forma prioritaria de las familias cristianas, de tal manera que se signifiquen en nuestra sociedad, cuya cultura dominante está erosionando de forma muy grave a las familias. Ellas serán el tejido y la principal consistencia de la comunidad cristiana, los primeros testigos del amor de Dios en el mundo, y el argumento más convincente de que es posible el amor verdadero, fiel entre hombre y mujer, generoso y fecundo.

Hay que fortalecer a la familia cristiana como sujeto cristiano fundamental para la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. El destino de la fe está inextricablemente ligado al de la familia y el de la familia al de la comunidad. La fe es como un lenguaje que solo puedes aprender en comunidad, comenzando en la comunidad familiar. Esto significa que es indispensable mantener ratos de oración en familia, leer con asiduidad las Escrituras y las vidas de los santos, porque los niños cristianos necesitan héroes cristianos, dar prioridad a la práctica de la Misa del Domingo, llevar una vida espiritual seria.

Cuidar la parroquia, sin “parroquialismo”

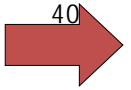
66. Para la eclesiología y el derecho de la Iglesia: *La parroquia es una determinada comunidad de fieles cristianos constituida de modo estable en la Iglesia particular cuyo cuidado pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio*” (CIC 515,1). Se distingue la *estabilidad*, condición de toda parroquia, de la



territorialidad, característica de la mayoría de ellas. Debemos buscar la relación personal como relación fundamental, más allá de un sentido estricto de la territorialidad. Esto nos debe inducir a tener flexibilidad para reconocer el arraigo devocional y afectivo que lleva a muchos católicos a trascender los límites geográficos parroquiales, viviendo su vinculación a la Iglesia en parroquias y comunidades en cuyos territorios no tienen su domicilio.

67. En el contexto de una cultura urbana que también ha llegado a nuestros pueblos, caracterizada por la movilidad de las personas, podemos releer la llamada a renovar las comunidades parroquiales y su misión evangelizadora que San Juan Pablo II expresaba de esta manera: *Una clave de renovación parroquial (...) puede encontrarse considerando la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos (SD 58). Parece oportuna la formación de comunidades y grupos eclesiales de tales dimensiones que favorezcan verdaderas relaciones humanas. Esto permitirá vivir más intensamente la comunión, procurando cultivarla no sólo ad intra, sino también con la comunidad parroquial a la que pertenecen estos grupos y con toda la Iglesia diocesana y universal. En este contexto humano será también más fácil escuchar la Palabra de Dios, para reflexionar a su luz sobre los diversos problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor universal de Cristo. La institución parroquial así renovada puede suscitar una gran esperanza. Puede formar a la gente en comunidades, ofrecer auxilio a la vida de familia, superar el estado de anonimato, acoger y ayudar a que las personas se inserten en la vida de sus vecinos y en la sociedad. De este modo, cada parroquia hoy, y particularmente las de ámbito urbano, podrá fomentar una evangelización más personal, y al mismo tiempo acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios” (EiA 52). (p 118s)*

68. Las parroquias deben ponerse en relación con otras realidades eclesiales y crear vínculos importantes de trabajo misionero desde el proyecto común de estas Orientaciones Pastorales Diocesanas, excluyendo toda lógica de competitividad, favoreciendo la creación de comunidades y grupos que hagan posible la cercanía y el acompañamiento a las personas. Para animar la vida espiritual de los fieles debemos prestar atención a realidades tales como: la relación de fieles con los santos de su devoción en los diversos templos y santuarios; el influjo pastoral de las comunidades y familias religiosas; el acompañamiento pastoral de los inmigrantes; las aportaciones de asociaciones laicales, particularmente hermandades y cofradías; los



nuevos movimientos eclesiales; el influjo de los santuarios de la diócesis; la presencia religiosa y educativa de las escuelas católicas, que pueden ser centros misioneros para las familias; y la presencia educativa y cultural de profesores de religión y profesores cristianos en escuelas, institutos y en la universidad.

Pensamos la configuración de las comunidades eclesiales

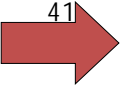
69. Usamos el término *comunidad cristiana* para describir nuestras parroquias, pero la reunión de un grupo de individuos, a veces aislados, anónimos y con escasas relaciones personales, no constituye una comunidad. La Iglesia no puede ser una colección de practicantes individuales.

Los fieles necesitan tanto una acogida cordial en las parroquias, iglesias y santuarios, como la participación en renovadas comunidades orantes, fraternas y misioneras. La verdadera comunidad es un lugar donde somos conocidos, amados, perdonados, animados y apoyados; el lugar que haga posible *que el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús* (Flp 1,6).

Estas comunidades son clave para el vigor de una iglesia misionera. Cuanto más grande sea una parroquia, más pequeña se tiene que hacer, formando grupos de vida cristiana para orar y formarse; reunidos por edades, otros mezclando generaciones, otros más aptos para matrimonios y familias o sobre la base de situaciones cercanas o actividades conjuntas (universitarios, trabajadores, culturales o sociales). Grupos cristianos, normalmente dirigidos por laicos, que se reúnen en locales parroquiales o en las casas de algunos de sus miembros. La parroquia será la casa de todos los cristianos, donde todos participan, en la que los diferentes grupos se pueden encontrar en la comunidad cristiana general, edificada sobre los elementos comunes de los que todos se alimentan: anuncio de la Palabra, sacramentos, vida común y servicio a los pobres.

70. La formación de laicos que puedan acompañar a los grupos cristianos es fundamental. Particularmente, deberemos atender la preparación de las personas que sean consideradas aptas para asumir de una manera estable los ministerios de lector, acólito y catequista.

Tanto el pastor como los feligreses tienen que adaptar sus expectativas acerca del rol del sacerdote a medida que la parroquia se va configurando como comunidad de comunidades. Cuando crece el número de grupos en una parroquia, el sacerdote tendrá que ir delegando en laicos preparados el



acompañamiento de estos grupos. De lo contrario, la vida de la comunidad cristiana se estancará produciéndose un cuello de botella, provocado por la falta de tiempo y las energías limitadas del pastor. El párroco hará un seguimiento de la pastoral parroquial acompañando a los responsables de los grupos, y programando acompañado por el Consejo Pastoral parroquial.

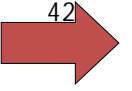
Promover el sentido de pertenencia

71. Los sociólogos nos dicen que hoy en día la cuestión de la pertenencia y la soledad son mucho más cruciales que en el pasado. La mayor parte de la gente de hoy ni se afilia, ni se queda, ni abandona la Iglesia por causa de creencias o doctrinas, sino por un sentido de pertenencia, por causa de la comunidad.

La conversión y el cambio de convicciones en las personas se da preferentemente a través de las relaciones de confianza, que alimentan el sentido de pertenencia. Debemos acompañar a las personas con amor adentro de la Iglesia y al itinerario del discipulado, a través de un proceso gradual en una experiencia de comunidad.

Propugnamos fomentar el sentido de pertenencia eclesial a través de los grupos cristianos no como un fin en sí mismo, eso sería una mera socialización, sino como camino para alcanzar el objetivo de hacer discípulos misioneros.

Acciones



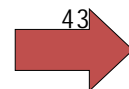
- 1 .
- 2 .
- 3 .
- 4 .
- 5 .
-

Agentes

- .
- .
- .
- .
- .
-

TERCERA LÍNEA DE TRABAJO

TENER UNA PRESENCIA MISIONERA EN LA VIDA PÚBLICA.



El servicio de la caridad

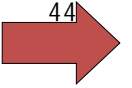
pertenece a la naturaleza íntima de la Iglesia

72. *“La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la palabra de Dios (kerigma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”* (cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n.25).

De la fe se derivan convicciones, costumbres y formas de vida que nos ayudan a ordenar cotidianamente nuestra vida personal y social. Es imprescindible que los católicos estén presentes y actúen en la vida pública, tratando de llevar a la práctica la moral cristiana a favor del bien común material y moral de las personas. Resulta fundamental para el progreso de la sociedad el desarrollo del compromiso ciudadano, profesional y político.

La vida de los cristianos no puede depender de lo que se practique comúnmente en nuestra sociedad. Tenemos que tener el valor de marcar las diferencias. La Iglesia no puede vivir mimetizada en el conjunto de la sociedad. Esto supondría una visión del cristianismo rebajado y secularizado.

Además, el cristiano se sitúa en el mundo con la libertad que le ha sido dada por Dios y recuperada por Cristo. Siendo así, no pueden ser más acertadas las palabras del papa Francisco: “la libertad en Cristo tiene alguna “esclavitud”, alguna dimensión que nos lleva al servicio, a vivir para los otros. La verdadera libertad, en otras palabras, se expresa plenamente en la caridad. Una vez más nos encontramos delante de la paradoja del Evangelio: somos libres en el servir, no en el hacer lo que queremos.” (Audiencia general, 20 de octubre de 2021).



73. La evangelización de la cultura exige que la pastoral asuma la tarea de imprimir una mentalidad cristiana a la vida ordinaria: en la familia, la escuela, la comunicación social, en el mundo de la cultura, del trabajo y de la economía, de la política, del tiempo libre, de la salud y la enfermedad.

El camino más eficaz consiste en renovar primero nuestra casa, formando cristianos verdaderamente convertidos al Evangelio, capaces de ir influyendo en su vida personal y familiar, y luego en el conjunto de la sociedad, desde el respeto, la tolerancia y la colaboración con todos los demás. *En la medida de lo posible y en lo que dependa de vosotros, manteneos en paz con todo el mundo* (Rm 12,18). “La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común. La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo.” (Francisco, Enc. *Lumen fidei*, 51).

74. La comunidad cristiana tiene que estar en el mundo como una comunidad compasiva, servicial, comprometida en la lucha contra el sufrimiento, la violencia y la injusticia contra cualquier ser humano, hombre o mujer, paisano o inmigrante, cristiano o no, joven o anciano, sano o enfermo, nacido o en el vientre de su madre. Esto no se hace sin renunciaciones y sacrificios, para favorecer el bien de los demás. Sin sacrificio de uno mismo no hay verdadero amor (cf. Conferencia Episcopal Española, Documento “*La caridad en la vida de la Iglesia. La Iglesia y los pobres*”. En concreto el cap. 3 titulado: “*La Iglesia y los cristianos, comprometidos en la lucha por la justicia*”).

El deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es propio de los fieles laicos. Ellos están llamados a participar en la vida pública (económica, social, legislativa, administrativa y cultural). Tienen la misión de configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad.

**Los Mandamientos de la ley de Dios
son la encarnación de la existencia cristiana**

75. La descristianización que padecemos no comporta sólo la pérdida de la fe o su falta de relevancia para la vida personal y social, sino también un oscurecimiento del sentido moral (cf. VS 106). Tenemos que asumir que el desorden de la vida pública procede del desorden del alma. Así la tarea

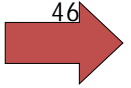
misionera de la evangelización comporta también el anuncio y la propuesta moral, sin la cual no se instaure una sociedad honesta, justa y solidaria. Así, en cualquier campo de la vida personal, familiar, social y política, la moral ofrece un servicio original e insustituible no sólo para cada persona, sino también para la sociedad.

Jesús, que comienza su vida pública con una llamada a la fe y a la conversión (cf. *Mc* 1,15), cuando le preguntan cuál es el mandamiento más importante, responde el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. *Mc* 12,29-31; *Mt* 22,34-40; *Lc* 10,25-28). Dos mandamientos en una indisoluble unidad. Al mismo tiempo, Él extiende el concepto de *prójimo* a todos los seres humanos. Los Diez Mandamientos de la Ley de Dios enuncian y concretan las exigencias del amor a Dios y al prójimo, señalando no sólo a actitudes generales sino también a precisos y determinados comportamientos y actos concretos. Las normas de la vida moral nos capacitan para llevar una vida buena y, en última instancia, nos guían a la bienaventuranza eterna.

Como enseñara San Juan Pablo II: sólo Dios, el Bien supremo, es la base inamovible y la condición insustituible de la moralidad, y por tanto de los mandamientos, en particular los negativos, que prohíben siempre y en todo caso el comportamiento y los actos incompatibles con la dignidad personal de cada hombre. (cf. *VS* 99). Los Mandamientos no son expresiones arbitrarias de la voluntad de Dios ni imposiciones de una Iglesia autoritaria. Cf. Francisco, Enc. *Lumen fidei*, 46: “El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros.”

La presencia de la Iglesia en la enseñanza

76. La presencia de la Iglesia a través de los colegios católicos en el mundo de la enseñanza tiene que fijar como objetivo principal la formación de sus alumnos con mentalidad y actitudes clara y decididamente cristianas, pues Jesucristo nos ha revelado quien es Dios y nos ha dado a conocer quién es el hombre. Hoy los colegios católicos se justifican más como una actividad evangelizadora que como una obra de misericordia, que en épocas pasadas buscaba extender la enseñanza a la población más pobre. Por las aulas de un colegio católico pasan muchos alumnos que con frecuencia no encontrarán muchas ocasiones para conocer a Jesucristo. En este sentido, el ambiente general del centro, la importancia de las clases de religión en el currículum escolar, las prácticas y experiencias religiosas, las pequeñas

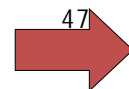


experiencias apostólicas, tienen que conformar un cuadro bien pensado que favorezca la educación cristiana de los alumnos y sean capaces de vivir cristianamente en un contexto pluricultural, plurireligioso y con frecuencia agresivo. También pueden buscar caminos para poder llegar a los padres, pidiéndoles su implicación en la tarea educativa de sus hijos, y ofreciéndoles cauces de formación humana y cristiana desde la comunidad educativa del colegio. Finalmente, un colegio católico tiene que estar arraigado en la vida de la Iglesia diocesana y en la parroquia.

Para que en el campo de la educación la Iglesia tenga una presencia vigorosamente misionera son necesarios educadores cristianos, convencidos de que educar es evangelizar y evangelizar es educar. Desde el punto de vista cristiano, sólo Jesucristo es modelo y fundamento de una personalidad verdaderamente humana. Los profesores han de considerarse educadores cristianos, testigos de la fe de la Iglesia. Los maestros y profesores, tanto de los centros católicos como de los colegios públicos, consciente de la misión que tiene encomendada, deben cuidar su experiencia de fe y esforzarse por su formación cristiana, para poder ser testigos y maestros del diálogo fe-cultura desde la experiencia y la antropología cristianas. Tienen que estar dispuestos a derrochar generosidad, empleando tiempo en la formación humana y cristiana de los alumnos.

77. Muy particularmente, sin obsesiones, pero sí con una buena fundamentación en la antropología católica, los padres, los colegios católicos o de inspiración cristiana y también las parroquias tienen que ser capaces de formar a las nuevas generaciones en lo referente a la educación afectivo-sexual, a la identidad de género, al matrimonio y a la familia, al aborto y a la eutanasia. La agresión del laicismo a la vida cristiana de los jóvenes se centra hoy en estos puntos. La exaltación del sexo, privado de su relación esencial al amor y a la fecundidad, exento de toda norma moral, y la ideología de género son, sin duda, un camino frecuentado que aleja a los jóvenes de la Iglesia y de cualquier sentimiento religioso. Pocos padres son capaces de hacer lo que sea preciso para proteger a sus hijos de los desórdenes sexuales que la cultura juvenil acepta; necesitan ayuda. Sepultar la verdad cristiana sobre la sexualidad o dar una versión descafeinada para tratar de retener a los jóvenes no funcionará. También es un error hacer opcional la enseñanza de la Iglesia en esta materia, dejar de hablar del tema o hacer la vista gorda. Tenemos que empezar a hablar de sexo y de la sexualidad con nuestros adolescentes y jóvenes, y hacerlo pronto y con

frecuencia La vida sexual es el área en la que más contraculturales tenderemos que ser.



Doctrina Social de la Iglesia

78. La Doctrina Social precisa del testimonio personal, pero, sobre todo, necesita un pueblo que la encarne y la ofrezca a la sociedad en la que vive como experiencia, al menos, germinal.

Debemos empeñarnos en conocer y dar a conocer a fondo la Doctrina Social de la Iglesia, para ponerla en práctica y para que los fieles cristianos tengan criterios de discernimiento, para no perderse entre las propuestas múltiples y contradictorias que se ofertan en nuestro contexto socio-político-cultural.

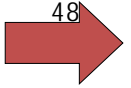
La enseñanza social de la Iglesia se va generando en el encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias con los problemas que surgen en la vida de la sociedad. Se ha constituido en una doctrina, utilizando los recursos del saber y de las ciencias humanas; toma en cuenta los aspectos técnicos de los problemas, pero siempre para juzgarlos desde el punto de vista moral.

En la doctrina social podemos encontrar un conjunto de principios de reflexión, criterios de juicio y directrices para la acción, necesarios para iluminar la presencia pública de los cristianos. Principios fundamentales son la dignidad inalienable de la persona, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad. Hallamos criterios de juicio a la luz de esos principios para poder juzgar las situaciones, las estructuras y los sistemas sociales fundamentales y ver en qué medida resultan conformes o no a las exigencias de la dignidad humana. Y descubrimos directrices de acción, que, inspiradas en los principios fundamentales y los criterios de juicio, deben estar en conformidad con la dignidad de la persona.

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia y el nuevo catecismo para los jóvenes DoCat son instrumentos preciosos para esta formación, que ayudarán a que no nos quedemos en el conocimiento teórico de la fe, sino que pasemos a la acción.

Quiero una Iglesia pobre para los pobres
(*Evangelii Gaudium*, 198)

79. Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica, antes que sociológica o política (cf. EG 198), porque propone **la opción por los pobres a partir de: la opción amorosa de Jesucristo, “el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8,9)**; porque en su condición humana eligió un estado de pobreza; porque enseñó el desprendimiento de las riquezas de la tierra para mejor

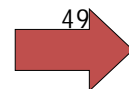


desear las del cielo; porque los Apóstoles que él eligió tuvieron también que abandonarlo todo y compartir su pobreza; porque manifiesta su acción mesiánica, diciendo *los pobres son evangelizados*» (Mt 11, 5); porque fue entre *los pobres de Yahvé* donde encontró corazones dispuestos a acogerle; más aún, porque quiere ser reconocido en los pobres, en los que sufren o son perseguidos, *cuantas veces hicisteis esto a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40). Pero Jesús quiso también mostrarse cercano a quienes —aunque ricos en bienes de este mundo— estaban excluidos de la comunidad como los publicanos y los pecadores, pues él vino para llamarles a la conversión. La pobreza que Jesús declaró bienaventurada es aquella hecha a base de desprendimiento, de confianza en Dios, de sobriedad y disposición a compartir con otros.

80. Sobre la base la base de la Sagrada Escritura, la tradición cristiana especificó la atención a los pobres en las siete obras de misericordia corporales y siete obras espirituales (cf. *Catecismo* 2447), que se corresponden con cuatro clases de pobreza. Primera, la pobreza física o económica: el hambre, la sed, carecer de ropa o de cobijo; hoy habría que incluir el paro; también, las enfermedades o discapacidades graves no susceptibles de tratamiento y asistencia médica adecuados. Segunda, la pobreza cultural, por el analfabetismo, y no tan extremo, por la ausencia de oportunidades de formación, que conlleva exclusión de la vida social y cultural. Tercera, la pobreza relacional: soledad, fallecimiento de familiares o amigos, dificultades de comunicación, discriminación y marginación hasta el aislamiento por encarcelación, drogodependientes. Cuarta, también la pobreza espiritual existe, grave en las sociedades occidentales: desorientación; vacío interior; desconsuelo y desesperanza; falta de sentido de la propia existencia; confusión moral y espiritual, hasta llegar al abandono del alma. De ahí que la *caritas* cristiana obligue a un enfoque integral que considere las diferentes dimensiones de la pobreza en su recíproca conexión y no ayude solo a la supervivencia, sino también a una vida humanamente realizada.

81. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria (Cf. EG 200). El Papa Francisco dice que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual, cuando la inmensa mayoría de los pobres necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. Esta relación, que tiene en cuenta las exigencias espirituales de los pobres como elemento prioritario, va más allá de los mecanismos

asistenciales garantizados con una organización adecuada. La Iglesia no debe identificarse con una ONG dedicada a los servicios sociales.



La atención a los inmigrantes

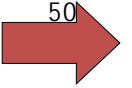
82. Un grupo particular en nuestra Diócesis lo constituyen los inmigrantes. En la provincia de Huelva viven más de 45.000 mil, procedentes de 146 países. Más de la mitad provienen de Rumanía y de Marruecos. Particularmente sangrante es la situación de la población inmigrante que vive en los asentamientos.

El papa Francisco denuncia este drama social de nuestro tiempo: *Los migrantes no son considerados suficientemente dignos para participar en la vida social como cualquier otro, y se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona. Nunca se dirá que no son humanos pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos (Fratelli Tutti, 39).*

Las parroquias de los pueblos especialmente afectados por esta problemática, a través de Cáritas y otras iniciativas, están dando respuestas parciales a las necesidades más perentorias de estos hermanos nuestros. Es urgente seguir afrontando esta problemática, colaborando con todos los agentes sociales y políticos, sin evadir la responsabilidad de cada una de las partes y, en un diálogo sincero y permanente, encontrar soluciones más justas y definitivas. El papa Francisco propone cuatro acciones con los inmigrantes y refugiados: acoger, proteger, promover e integrar. También desde la Conferencia Episcopal Española, la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad humana ha elaborado algunos puntos que han denominado “*Orientaciones para promover comunidades acogedoras*” (año 2021).

En el cuidado a los pobres en los países del Tercer Mundo y de nuestro Cuarto Mundo trabaja, en nombre de la iglesia diocesana, principalmente, las Cáritas diocesana y parroquiales, también la Delegación de Misiones, Manos Unidas, las iniciativas de caridad de Hermandades y Cofradías y otras muchas asociaciones.

Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia, además de la cierta preparación técnica, necesitan también una *formación del corazón*, de modo que el amor al prójimo sea una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5,6).



la participación de los ciudadanos católicos en la vida pública.

83. Tenemos obligación de favorecer la aparición y la existencia de asociaciones civiles, políticas o profesionales o del género que sean, no confesionales, sinceramente inspiradas en el humanismo cristiano y en la doctrina social de la Iglesia, promovidas por ciudadanos católicos, dispuestas a intervenir en la vida pública. También podemos animar a los fieles a inscribirse en asociaciones civiles ya existentes, donde puedan manifestarse y actuar como cristianos, procurando llevar al terreno de la vida política la influencia de la visión cristiana de la vida, al servicio del bien común, con honestidad y solvencia.

84. A la vez, siempre tenemos que evitar politizar las asociaciones de apostolado seglar, las asociaciones interiores y propias de la Iglesia. La misión de éstas, aunque sean laicales, termina donde termina la misión religiosa y moral de la Iglesia. No pueden actuar directamente en la vida política. (En este sentido, *Christifideles laici*, 30, ofrece unos criterios de eclesialidad de estas asociaciones laicales en la perspectiva de la comunión y misión de la Iglesia)

85. La Iglesia no admite que una determinada ideología política o un determinado partido pretenda acaparar en exclusiva la presencia de los católicos en la vida pública, porque la fe no es ni puede convertirse en un programa de acción política. Los católicos pueden votar a diferentes partidos, pero deben tener en cuenta las afinidades o incompatibilidades de nuestros principios morales con los proyectos, programas y actuaciones de cada uno. La moral cristiana orienta una acción política con unas determinadas características, tales como el valor de la dignidad inalienable de cada persona, el respeto a los derechos humanos, el apoyo al matrimonio y a la familia, la defensa de la libertad religiosa de todos, la preocupación por la promoción y colaboración entre los pueblos y naciones, el respeto a la naturaleza y la atención preferente a los más pobres.

86. Los cristianos no pueden participar en asociaciones o partidos que en sus programas sostienen puntos contrarios a la ley natural y a los derechos fundamentales de la persona (aborto, eutanasia, xenofobia u otras formas contrarias a algunos de los derechos fundamentales). En estos casos los cristianos tendrían que exigir al menos la libertad de conciencia, libertad de

expresión y libertad de voto para poder actuar siempre de acuerdo con su conciencia cristiana.

Llamada al cuidado de la casa común

87. Hacer vida la dimensión social del kerygma conlleva el cuidado de *la casa común* y de la *familia* que la habita. El compromiso de nuestra Iglesia particular por una pastoral verdaderamente misionera no puede desvincularse de una auténtica perspectiva cósmica, que comparte con otras tradiciones y cosmovisiones religiosas, aunque purificada y transformada. El primer artículo del Credo es: creemos en un único Dios Padre creador. También, la recapitulación de todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1, 10) ha de configurar nuestra vida cristiana. La fe en el Dios redentor encarnado en la historia no puede desvincularse de la fe en el único Dios creador. Por tanto, debemos pensar la dimensión cósmica y universal de la vida cristiana. La encíclica del papa Francisco *Laudato si'* representa una admirable llamada a esta responsabilidad de la fe cristiana.

88. En el momento actual, en una perspectiva evangelizadora, a los católicos españoles se nos presenta la necesidad de **educar para la sobriedad**; convencidos de que nos honra más y nos da más felicidad ayudar al prójimo que el despilfarro de bienes y diversiones al que nos empuja constantemente el espíritu de nuestra sociedad consumista. La santa sobriedad está íntimamente unida con la humildad y el mantenerse en la verdad, de manera que todas las ilusiones creadas por nuestra fantasía acaparadora no alcanzan a deformar la profundidad y autenticidad del cosmos, porque se valora más la grandeza de los dones de Dios (cf. Dietrich Von Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, Ed. Encuentro, Madrid 1996, pp. 301-302)

89. El Papa Francisco, hablando de la necesidad de una educación ecológica, dice al respecto: *Siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. (...) Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad.* (LS, 208)

90. En una sociedad que se caracteriza por el materialismo y el consumismo, en la que casi todo se puede conseguir con dinero, el hecho de que los cristianos entremos por la vía del servicio desinteresado, que vivamos la pedagogía de la gratuidad, la experiencia de la generosidad y el

descubrimiento del prójimo, es camino adecuado para el encuentro con Cristo a través de los pobres, de los necesitados y de los que sufren.

91. Es muy conveniente que, con la debida prudencia pastoral, los niños, adolescentes y jóvenes participen en las actividades caritativas de las parroquias, las visitas a los enfermos y ancianos, el descubrimiento del dolor y la asistencia a los que sufren de tantos modos. Muchos jóvenes han encontrado por este camino el sentido de sus vidas, se han encontrado consigo mismos, con los hermanos y con Dios. Es un hecho que muchos jóvenes que viven con hondura su compromiso cristiano y apostólico, y que incluso han recibido la llamada de Dios al sacerdocio o a la vida consagrada, han vivido experiencias fuertes de servicio a los pobres.

Construir el nosotros de la comunión solidaria

92. La Iglesia debe promover nuevos lazos de unión y afrontar el desafío para forjar vínculos de comunión, frente a la crisis de los vínculos familiares y sociales y a la incapacidad de muchos para mantener lazos estables y compromisos duraderos. Dios nos llama a construir el nosotros de la comunión solidaria en cada barrio de la ciudad y en cada pueblo. La Iglesia debe prestar su servicio para acercar e integrar a las personas, para hacer de la ciudad y los pueblos una casa común y evitar que se convierta en un campo de confrontación agresiva. La comunidad cristiana puede y debe generar y fomentar un estilo de vida que propicie el gusto por convivir, la buena vecindad, la participación ciudadana, el acuerdo político y la asistencia solidaria.

93. El papa Francisco nos ha ofrecido la encíclica *Fratelli Tutti, Todos hermanos*. *Sobre la fraternidad y la amistad social*, que él mismo presenta como *un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras* (n. 6).

La enseñanza del Papa emana de la Palabra de Dios, desde el pasaje del Buen Samaritano. Comentándolo, dice que, en una sociedad enferma que da la espalda al dolor y es *analfabeta* en el cuidado de los débiles y frágiles, todos estamos llamados – al igual que el buen samaritano – a estar cerca del otro superando prejuicios, intereses personales, barreras históricas o culturales. Todos, de hecho, somos corresponsables en la construcción de una sociedad que sepa incluir, integrar y levantar a los que han caído o están

sufriendo (FT n. 77). No vivamos de espalda al dolor del hermano que encontramos en nuestro caminar por la senda de lo cotidiano.

Francisco insiste en que la fraternidad debe promoverse no sólo con palabras, sino con hechos, que se concreten en la *mejor política*, aquella que está sujeta al servicio del bien común y es capaz de poner en el centro la dignidad de cada ser humano, para que cada uno pueda desarrollar sus propias capacidades. Y promoviendo la paz que debe sostenerse en la verdad y la reconciliación, buscadas a través del diálogo, en nombre del desarrollo recíproco.

Para trabajar la amistad social, el Papa propone un dinamismo que expresa en unos cuantos verbos: *acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, y así poder reconciliarnos, conectarnos y ponernos juntos en la búsqueda de soluciones reales a los problemas de la humanidad.*

Acciones

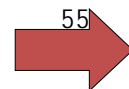
- 1 .
- 2 .
- 3 .
- 4 .
- 5 .

.....

Agentes

- .
- .
- .
- .
- .

.....



TODOS LLAMADOS A LA SANTIDAD Y A LA MISIÓN

Llamada a la santidad

94. Debemos recordar la llamada a la santidad que proviene del Señor: *Sed santos, porque yo soy santo* (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El [Concilio Vaticano II](#) repitió con fuerza el mismo llamamiento: *Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre* (LG, 11); también, Juan Pablo II, Carta Apost. *Novo millennio ineunte*, 30).

Es una llamada que reciben todos los bautizados. El papa Francisco lo expresa así: *Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra.* (GE, 14). Apuntar más bajo significaría caer en la frase del escritor católico francés León Bloy: *solo hay una tristeza y es la de no ser santos.*

95. S. Juan Pablo II afirmaba que *La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. Cada misionero, lo es auténticamente, si se esfuerza en el camino de la santidad...La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión* (RM, 90).

Nuestra pastoral diocesana debe desplegar una auténtica pedagogía de la santidad adaptada a las edades y situaciones de las personas, presentándola como un ideal atractivo, posible de alcanzar con la ayuda de la gracia. Todos debemos emplearnos en ello, los sacerdotes, personas consagradas, catequistas, familias cristianas, grupos parroquiales y movimientos apostólicos.

La necesidad de una auténtica experiencia personal de Dios

96. Unas palabras de Benedicto XVI en su discurso al Pontificio Consejo para los Laicos de 25 de noviembre de 2011 nos iluminan: *¿cómo despertar*

la pregunta sobre Dios, para que sea la cuestión fundamental? (...) La cuestión sobre Dios se despierta en el encuentro con quien tiene el don de la fe, con quien tiene una relación vital con el Señor. A Dios se lo conoce a través de hombres y mujeres que lo conocen: el camino hacia él pasa, de modo concreto, a través de quien ya lo ha encontrado (...) el hombre contemporáneo necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que con Dios o sin Dios todo cambia.

97. La evangelización debe comenzar en el interior de la Iglesia y por cada uno de los cristianos. *Señor, renueva tu Iglesia, empezando por mí* (Francisco de Asís). Antes de poder ser implantada en los pueblos, la Iglesia tiene que ser implantada y tiene que arraigar en el corazón de los creyentes (LG 1,1).

Cuando la cultura ya no es vehículo de transmisión de la fe y la institución eclesial pierde significación en un contexto social nuevo, la experiencia viva y personal de Dios se hace imprescindible. El teólogo alemán Karl Rahner acuñó una expresión que se ha vuelto tópica: *El cristiano del mañana será un místico o no será*. Todos necesitamos una fe personal, profunda y sólida, que nos ayude a dar testimonio del Señor resucitado e ilumine la existencia cotidiana; una esperanza viva que nos permita apoyarnos en la omnipotencia amorosa de Dios y nos sostenga con la experiencia de la cruz; un amor que se haga misericordia, anime nuestro servicio y fomente un espíritu de comunión y solidaridad en la Iglesia y en el mundo. Por el contrario, una fe solo hereditaria, formal y tradicional, no prevalecerá.

98. Para que la misión evangelizadora en nuestra Iglesia particular tenga el vigor que la situación cultural requiere, necesitamos renunciar a nuestras comodidades, sacudir nuestras rutinas y alcanzar el fervor. Es preciso que nuestras comunidades eclesiales salgan del conformismo y de la espiritualidad de mínimos. Necesitamos levantar una ola de fervor y de entusiasmo evangélico. Unas comunidades eclesiales tibias, conformistas y secularizadas, no serán nunca comunidades misioneras.

Encontrar a Jesús donde Él se hace presente

99. En la Sagrada Escritura leída en la Iglesia y meditada personal o comunitariamente en el ejercicio orante de la *Lectio divina*; en la sagrada Liturgia, especialmente en la celebración de la Eucaristía y en la adoración eucarística, lugar privilegiado del encuentro con el Señor; en el sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación; en el diálogo amoroso de la oración personal y comunitaria. También lo encontramos, de un modo especial, en la devoción a la santísima Virgen María y en las figuras ejemplares de los

apóstoles, los santos y los mártires. Encontramos a Jesús en medio de la comunidad cristiana que vive en la fe y el amor fraterno, especialmente en los pastores que representan al Buen Pastor; en cada persona imagen y semejanza de Dios; particularmente, en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt 25, 37-40), que reclaman nuestro cuidado. (Cf. Francisco, *Homilía de la Vigilia Pascual*, 3 de abril de 2021). En todos estos lugares encontramos al Señor vivo y presente en medio de nosotros.

La Palabra de Dios

100. La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (cf. Sal 119,103) y «espada de doble filo» (Hb 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf. Sal 119,105). (GE, 156).

Hay que seguir acercando la Sagrada Escritura a todos los fieles, para que sea leída, creída, meditada y practicada. Esta es una línea transversal que debería animar toda la acción evangelizadora, sacramental y catequética; familiar, parroquial, escolar y universitaria.

Particularmente, los evangelizadores no pueden prestar atención a la palabra de Dios solo por curiosidad, sino que más bien deben digerirla y apropiarse de ella de modo tal que llegue a convertirse en su palabra personal. Por eso, como prototipo de la Iglesia, María nos muestra la relación con la Palabra de Dios que deben cultivar los cristianos que están al servicio de la evangelización.

*101. Allí donde no se forma a los fieles en un conocimiento de la Biblia según la fe de la Iglesia, en el marco de su Tradición viva, se deja de hecho un vacío pastoral, en el que realidades como las sectas pueden encontrar terreno donde echar raíces. Por eso, es también necesario dotar de una preparación adecuada a los sacerdotes y laicos para que puedan instruir al Pueblo de Dios en el conocimiento auténtico de las Escrituras. (Benedicto XVI, Exh. Apost. *Verbum domini*, 73).*

Como nos dice el papa Francisco: *Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras. (GE, 66).*

A este propósito, no obstante, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno,

pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, hemos de acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial. (Benedicto XVI, Exh. Apost. *Verbum domini*, 86).

La Liturgia

102. Para fortalecer la vida cristiana se necesita beber de su fuente, que es la liturgia. La liturgia es la fe de la Iglesia en acto, la Iglesia en oración. La liturgia es un especial lugar de experiencia de Dios. El atractivo y la calidad de nuestras celebraciones litúrgicas dependen ante todo de que en ellas resplandezca y resulte experimentable algo de la dimensión del misterio de Dios; no debe ser malentendida e instrumentalizada como lugar de instrucción y catequesis. De este modo, lo propio de la Iglesia como algo distinto de un humanismo meramente intramundano se manifiesta en la liturgia.

La música y el canto forman parte de la liturgia, ayudan a una mejor participación de los fieles en la celebración. El canto alimenta el espíritu comunitario de la celebración y transmite la fe. Por ello, hay que cuidar que los cantos sean apropiados, de acuerdo a los tiempos litúrgicos y al carácter sagrado de la celebración. Particularmente, la música se ha revelado como elemento fundamental para la pastoral con los jóvenes.

Puesto que las liturgias sacramentales de la Iglesia no pueden ser usadas a discreción, el camino de la evangelización misionera exige ampliar y hacer más diferenciado el repertorio de celebraciones litúrgicas, echando mano de otras formas de piedad que el pueblo cristiano ha utilizado y han caído en desuso, de suerte que no todas las necesidades y expectativas religiosas deban ser satisfechas, casi exclusivamente, con la celebración de la Eucaristía.

La Eucaristía dominical

103. El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva (GE, 157).

La llamada a la santidad y a la misión nace del sacramento eucarístico. “La mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor” (Juan Pablo II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 1). De ahí que, si en la Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (Decreto *Presbyterorum ordinis*, 5), la Eucaristía dominical tiene que ser el acto central de la cada parroquia y de cada comunidad cristiana, la señal de

identidad, el alimento principal de la fe y de la vida de los cristianos. La tarde del sábado y la mañana del domingo serán el tiempo de la comunidad, del encuentro, de la catequesis, de la palabra, de la oración, de la renovación espiritual.

En la sociedad laicista en la que vivimos donde los cristianos están con frecuencia perdidos. Se lamentaba el papa Juan Pablo II, a finales del anterior milenio, de la pérdida del sentido originario del domingo, reducido a un puro “fin de semana”. Esto solo puede ser signo de un hombre encerrado en un horizonte tan estrecho que no le permite ver las realidades divinas (cf. Juan Pablo II, Carta apost. *Dies Domini*, 4). Por eso, la Eucaristía dominical es un elemento esencial e indispensable de la identidad cristiana, para uno mismo y para los demás. La visibilidad y la fuerza interior de nuestras comunidades ha de arraigarse en la participación espiritual de los fieles en la Eucaristía dominical (cf. Juan Pablo II, Carta Apost. *Dies Domini*, 34).

El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación

104. La Iglesia vivió muy pronto la experiencia de que los cristianos, quienes por medio del bautismo se han convertido en criaturas nuevas (cf. 2Cor 5,17; Gal 6,15), recaen en la vida y los vicios del mundo viejo. Entendió el sacramento de la penitencia como una segunda tabla de salvación tras el naufragio del pecado. Así, el sacramento de la penitencia es el verdadero sacramento de la misericordia de Dios, quien reiteradamente nos concede la posibilidad de un nuevo comienzo.

Del papa Francisco recibimos esta serie advertencia respecto de esa aparente inocencia moral que lleva a muchos cristianos a no acudir al sacramento de la Penitencia: *quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose. La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que «el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11,14) (GE, 164 s)*

La Iglesia tiene la misión de anunciar la reconciliación y de ser el sacramento de la misma en el mundo (Juan Pablo II, Exh. Apost. *Reconciliatio et Paenitentia*, 11). Para una pastoral misionera es esencial

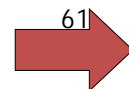
llevar a cabo una renovación del sacramento de la penitencia (cf. *Reconciliatio et Paenitentia*, 23-27). Junto con la eucaristía, los cristianos tienen que identificarse a sí mismos y ante el mundo como aquellos que se sienten perdonados por Dios, que se perdonan entre sí y están dispuestos a perdonar a sus enemigos. El arrepentimiento, la penitencia, el perdón, vividos como forma de vida y como celebración sacramental son también características esenciales de la comunidad cristiana y de la vida personal de cada uno.

Todavía hoy podemos seguir hablando de una grave crisis de este sacramento, aunque vuelve a ser demandado por algunos que lo experimentan de nuevo como una gracia. Su práctica se ha perdido en gran medida; y muchos cristianos participan en la eucaristía sin acercarse al sacramento de la penitencia. Es necesario redescubrir este sacramento, sobre todo por los sacerdotes, pues el encargo de perdonar los pecados es el encargo que el Señor resucitado hace a los apóstoles. La Iglesia no puede ser, de ninguna manera cómplice en la pérdida del sentido del pecado que, desde hace décadas lacera a nuestra sociedad (cf. Juan Pablo II, Exh. Apost. *Reconciliatio et Paenitentia*, 18). De ahí que para todo sacerdote sea una obligación y una obra de misericordia estar dispuesto, de forma conocida y práctica para los fieles, a administrar el sacramento del perdón.

Santidad sacerdotal y vocación al sacerdocio ministerial

105. La vocación al sacerdocio es un don de Dios que la comunidad de la comunidad cristiana debemos pedir con insistencia y confianza (cf. *Mt* 9,37-38). A lo largo de la historia de la salvación, Dios ha elegido y llamado a hombres para el servicio de su pueblo, encomendándoles una tarea y enviándolos a una misión. La necesidad de atender y servir al pueblo, reconociendo que cada uno debe proceder «como le ha llamado Dios» (*1Cor* 7,17). De esta manera, se enriquece la vida de la Iglesia, que propone la universalidad de la llamada y la vocación específica y particular, dentro de la cual el sacerdocio tiene un lugar necesario en la vida de la Iglesia.

En la medida que se construyan comunidades acogedoras y misioneras; evangelizadoras y comprometidas, florecerán en ellas el don de la vocación sacerdotal. Es necesario acompañar y guiar a quienes sienten esta vocación particular. El Seminario Diocesano de Huelva es el lugar donde se forman los futuros sacerdotes, una comunidad que propone un itinerario de vida de discípulos de Jesús, configurados con Cristo Buen Pastor. La generosidad de la respuesta a la llamada personal y la necesidad del discernimiento



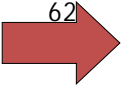
vocacional hacen visible que «hay más alegría en dar que en recibir» (*Hch* 20,35). Es necesaria, urgente e inaplazable la oración por las vocaciones al sacerdocio, creando un clima espiritual en las comunidades cristianas que predisponga al discernimiento y a la acogida de la vocación sacerdotal.

El presbiterio, junto con el obispo, debe mostrar el testimonio de caridad pastoral y celo apostólico. Son muchas las muestras de santidad sacerdotal en la historia de nuestra diócesis, por supuesto, también en medio de las dificultades. La oferta de itinerarios diferentes y particulares que se deben valorar y respetar, no pueden mermar la inquietud de propuesta de la vocación al sacerdocio diocesano y el acompañamiento formativo en nuestro Seminario Diocesano de Huelva. En definitiva, como dice el papa Francisco: «donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas» (EG, 107).

La oración personal y comunitaria

106. El papa Francisco dice que: *aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.* (GE, 147)

La vocación de los Doce nace de la noche de oración de Jesús (Lc 6,12-13). También en la actualidad la obtención de nuevos discípulos para Jesús acontecerá inicialmente en la oración. La Iglesia es, ante todo, una comunidad orante (cf. Juan Pablo II, *Ángelus*, 13 de noviembre de 1983) La evangelización debe partir hoy de la oración, algo a lo que Jesús exhortó a sus discípulos (Mt 9,37-38). “Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas” (Juan Pablo II, *NMI*, 32). Si la oración es el centro íntimo de la evangelización, nos haremos conscientes de que no somos nosotros quienes ganamos personas para Cristo, sino que las recibimos de Dios.



Además, la oración no solo es el punto de partida de la evangelización, sino que también es su meta, puesto que el anuncio lleva a la vida y a la comunión con Él. La evangelización debe ser una escuela de oración que enseñe el arte de la oración (cf. Juan Pablo II, *NMI*, 32)

Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender. Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada. (GE, 150)

La devoción a la Santísima Virgen y a los santos

107. En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que *corramos, con constancia, en la carrera que nos toca* (12,1). También la Iglesia ha invitado siempre a los creyentes a buscar y a encontrar, en primer lugar, en la Santísima Virgen María, Madre de Dios, y en los santos y santas, el ejemplo, la enseñanza y la ayuda para vivir una vida según los mandamientos de Dios y las bienaventuranzas del Evangelio.

La vida de santidad, que resplandece en tantos miembros del pueblo de Dios, es la que constituye el camino más simple y fascinante en el que se nos concede percibir inmediatamente la belleza de la verdad, la fuerza del amor de Dios, el valor de la fidelidad incondicional en el seguimiento del Señor, incluso en las circunstancias más difíciles.

Lugares de oración

108. Hay que ofrecer lugares de oración y espiritualidad, que pueden tener configuraciones distintas. Pueden ser centros diocesanos, parroquiales o de comunidades religiosas. Las iniciativas pastorales se centrarán en crear espacios de encuentros con Jesucristo en la Palabra, retiros espirituales, cursos de espiritualidad y distintas formas de oración personal, comunitaria, litúrgica y popular; también donde los fieles se puedan acercar al sacramento de la Penitencia. Una nota que debe marcar esta pastoral será pasar de un servicio formal a una atención personal.

La ciudad y los pueblos necesitan que las iglesias (el mayor número posible) estén abiertas y sean lugares de silencio y de oración. A veces, en la ciudad y los pueblos más grandes podemos tener las puertas cerradas cuando la ciudad o el pueblo es un inmenso escaparate comercial y de servicios.

En el magisterio del papa Francisco encontramos una fuerte exhortación a la santidad: *No son palabras románticas, porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se*

verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. (GE, 162)

La conversión del corazón y la conversión de las estructuras van de la mano

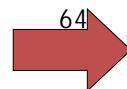
109. La conversión del corazón y la conversión de las estructuras van de la mano, pero la primera sostiene a la segunda.

El objetivo que se debe buscar en la reforma de las estructuras eclesiales es netamente misionero. Las palabras del papa Francisco al respecto son claras y concretas: *Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (EG, n. 27).*

110. Para la renovación misionera de la Iglesia en clave de sinodalidad es necesario potenciar los consejos parroquiales y diocesanos y otros posibles cauces de participación y corresponsabilidad. La instrucción sobre *la conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* puede orientar nuestro discernimiento.

En muchas diócesis españolas se han puesto en marcha experiencias multiformes de unidades parroquiales: unidad en el pastor, unidades de acción pastoral, fusiones parroquiales, etc. Nosotros también debemos abrir un proceso de discernimiento compartido en la propia diócesis para pensar cómo servir pastoralmente mejor algunas zonas de nuestra Iglesia particular.

111. Por otro lado, la economía de las parroquias y de la diócesis también se ve afectada no sólo por la situación que ha creado la pandemia que padecemos, sino por otros muchos factores de la secularización de la sociedad. Urge avanzar en el sostenimiento de la Iglesia y también abordar el uso, mantenimiento y conservación del patrimonio, sobre todo del patrimonio inmobiliario que está situado en municipios muy pequeños.



Acciones

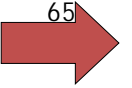
- 1 .
- 2 .
- 3 .
- 4 .
- 5 .

.....

Agentes

- 5. .
- 6. .
- 7. .
- 8. .
- 9. .

.....



112. Al finalizar esta exposición de las Orientaciones Pastorales Diocesanas, con las que pretendemos encarnar hoy en Huelva la misión de evangelizar que la Iglesia ha recibido, es bueno recordar lo que enseña sobre las posibilidades de lo que nosotros podemos hacer, “porque Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar avisa que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas y ayuda para que puedas” (Ds 804). Por eso oremos juntos, diciendo:

“Te pedimos, Señor,
que inspires, sostengas y acompañes nuestras obras,
para que nuestro trabajo
comience en ti, como en su fuente,
y tienda siempre a ti, como a su fin.
Por Jesucristo nuestro Señor.”

(*Misal Romano*, oración colecta)

Y a la Santísima Virgen María, La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...».

(Francisco, Exh. Apost. *Gaudete et Exsultate*, 176).